
SECCION DOCTRINAL ⁽¹⁾.

LOS DOS CAMINOS.

*Domine, dilexi decorem domus tue
et locum habitationis gloria tue.*

PSALM. XXV, 8.

I.

Presenta nuestra inquieta y turbulenta época en los momentos actuales, como carácter preponderante cada día más vigorosamente acentuado, el de determinarse con fuerza sin cesar creciente la necesidad y el deseo de dar solución á los más profundos y trascendentales problemas sociales, en todas sus varias manifestaciones. Pasó la época de las agitaciones meramente políticas, en las que el predominio de un partido y el triunfo ó consolidación de una forma de gobierno ocupaban toda la atención de los pensadores, de los tribunos y de los hombres de acción; y hemos llegado á otra en que lo formal no llega á adquirir la importancia de problema de trascendencia, y en que todos los partidos, todas las escuelas, todos los sistemas, explícita ó tácitamente, á su despecho ó por su voluntad, van tras la realización de un ideal social que afecta á los más hondos fundamentos de la manera de ser de la gran familia humana. Reformas sociales ha llegado á ser el lema escrito en todas las banderas que sirven de guía á los

(1) Este artículo de nuestro ilustrado colaborador y amigo D. Isidro Autran, ha sufrido á pesar nuestro retraso en su publicación, por las causas que indicamos en el anterior cuaderno.

diversos grupos que pugnan por influir en la direccion de los negocios públicos; y si en algunas partes no ha llegado á formularse abiertamente este programa, ó por habilidad ó por ignorancia, los hechos, sin embargo, demuestran que el movimiento irresistible de las ideas empuja áun á los más reacios, en la direccion que la Providencia ha señalado en nuestros dias á la marcha de los sucesos mundanos.

Léjos de considerarlo un mal, lo estimamos como síntoma de los más halagüeños. Las agitaciones meramente políticas, cuya agonía aún presenciarnos, fueron á un tiempo los precursores y las consecuencias de la inmensa trasformacion que ante nuestros ojos ha sufrido la sociedad contemporánea. Formas y esencia, todo cuanto caracterizaba á lo que en tésis general puede calificarse de antiguo régimen, todo fué expugnado, casi todo ha sido vencido. Cayeron instituciones creadas por los siglos y por ellos veneradas: desaparecieron leyes, costumbres, tradiciones: padeció enflaquecimiento mortal y casi ruina toda una civilizacion que, creada é informada por el catolicismo, era la base, el cimiento, la vida de todo aquel organismo. Fueron las luchas y las reformas políticas los medios de llegar á ese resultado: logrado hoy, las escuelas y los partidos que han sido los actores de esa gran obra, se encuentran ante el cadáver del pasado, pero al propio tiempo sin percibir siquiera nuevos gérmes de distinta organizacion social estable y fecunda, nacida de tan hondas agitaciones. Y es porque las revoluciones y las luchas políticas, eficacísimas para destruir, están condenadas á casi completa esterilidad para dar nacimiento á organismos esenciales: crean, y no puede negarse, inmensos intereses, producen nuevas formas, pero no basta eso para la vida de las sociedades. Hay y habrá siempre en todas algo fundamental y permanente, que cómo todo lo humano ha de revestir condiciones externas: esto ni perece ni ha podido perecer; pero carece de acomodo, que no le pueden dar los antiguos moldes, hoy deshechos, y que no se han restablecido de nuevo á influjo de las modernas turbulencias. Por eso, primero los filósofos, despues los políticos, y más tarde los hechos, se en-

caminan derechamente á procurar satisfacer esas necesidades imprescindibles del espíritu: por eso las formas de gobierno, que afectan á lo mudable y transitorio, no inspiran ya el entusiasmo que hace pocos años, cuando aún duraba vigorosa la vivificante savia que en el cuerpo social había infundido la religion á cuyo amparo y bajo cuya influencia se formó la Europa: por eso se siente profundo y permanente malestar en las naciones contemporáneas: por eso, en fin, se ha introducido en todas las tendencias políticas la aspiración á las reformas sociales, desde la más exagerada demagogia, que prescindiendo de la vida y de las necesidades del alma y atenta sólo á satisfacer apetitos carnales, ha hecho blanco de sus propósitos la negación y la ruina de la religion, de la propiedad y de la familia, abortando de su seno á la Internacional, hasta la escuela que, inspirándose en la necesidad de volver por los fueros del sentimiento y de la influencia religiosas, pretende borrar cuanto forma el modo de ser de la sociedad moderna, y volver en el fondo y en la forma al que tuvo en los pasados tiempos.

Puede desde luego afirmarse con seguridad que cuando la sociedad presente por uno y otro sendero patrocina la necesidad de reformas esenciales, es porque la falta algo indispensable para su complemento; y que cuando existen aspiraciones constantes, aunque sean tan extremadamente opuestas, es porque envuelven un innegable fondo de justicia. Lo que importa es determinar de qué modo, en qué condiciones y bajo qué principios han de ser satisfechas.

Al frente de todas las reformas, de todas las necesidades morales, á la cabeza de todos los ideales metafísicos, está la restauración del sentimiento religioso en las conciencias, en las costumbres, en las leyes y en los gobiernos. Es la religion necesidad imperiosa del espíritu, tendencia incontrastable del alma, afecto indestructible del corazón. Ni prosperidad material, ni agitaciones políticas, ni progresos científicos pueden reemplazarla: cuando esa aspiración se encuentra amenguada ó combatida, el vacío que experimentan la sociedad y el individuo produce inmensa contrariedad, inconsol-

lable hastío, devorador disgusto. Epocas se atraviesan en la historia, en que los más, seducidos y extraviados por los atractivos de los goces materiales ó por agresiva incredulidad, dejan dormir en el fondo de su conciencia la fé religiosa: pero no por eso desaparece; siempre encontrará albergue en las almas más puras y más fuertes, y éstas, por exígua minoría á que se encuentren reducidas, por alejadas que se vean de la gestion de los negocios públicos, por apartadas que se las crea del movimiento predominante, más pronto ó más tarde y pasados en la sociedad los primeros vértigos de la satisfaccion de la materia, por lo mismo que son más puras y más fuertes, llegarán á imprimir carácter á su época y á influir principalmente en la marcha de los acontecimientos.

Hoy es el problema religioso el que con más fuerza se impone á todos los sistemas, á todas las escuelas y á todos los poderes: no hay hoy nacion civilizada en uno y otro hemisferio, que no presencie los extremos de la más cruda persecucion ó de la más heróica defensa del catolicismo, única religion verdadera en el órden teológico y la única racional en el terreno meramente metafísico: hoy no hay gobierno que, sopena de encontrarse en el vacío é inferior á los intereses á cuyo frente debe estar colocado, no la consagre la atencion más preferente. Y es que la sociedad moderna se siente moribunda por la falta de fé: es que el catolicismo vuelve á estas naciones gangrenadas por la indiferencia, corroidas por la duda, fatigadas por las agitaciones políticas: es que la humanidad, convidada por tendencias y teorías en muchas partes y por largo tiempo predominantes á abandonar sus antiguas creencias católicas, se encuentra en la necesidad de creer en algo, como exigencia inseparable del alma, y no pudiendo nutrirse sólo de teorías materialistas ó de desconsoladoras negaciones, aspira á reconstruir el edificio de su perdida fé quebrantado por años y años de censuras, diatribas y hostilidades incesantes: y es, por último, que la incredulidad siente á su vez removerse lo que juzgó cadáver, y esfuerza sus embates y llega hasta la negacion de Dios y del alma inmortal.

La filosofía y la historia, de acuerdo, enseñan que cuando la religion que ha servido de fundamento y de norma á toda una civilizacion desaparece, ó deja de animar activamente la sociedad creada á su sombra, toda esa civilizacion se desquicia y toda esa organizacion social se derrumba. Algo de esto sucede en los pueblos modernos: no ha muerto el catolicismo, porque, como divino, es inmortal; pero no constituye en nuestros dias la savia que anima al cuerpo social, ni su espíritu vivifica las instituciones civiles y políticas. De ahí que marche la civilizacion contemporánea sin guía ni norte, que hasta los cimientos del órden social, construidos y conservados por la religion católica, se encuentren quebrantados, y que no haya más recurso que volver al espíritu católico para realizar una reorganizacion poderosa y estable, á ménos que se abrigue la pretension de intentarla bajo otros ideales capaces de satisfacer los impulsos y necesidades del alma. Pero ¿hay acaso otra religion positiva que pueda ponerse en parangon con el catolicismo? No se atreven á sostenerlo ni aun los mayores enemigos de la Iglesia. ¿Bastan doctrinas filosóficas vagas, indefinidas, contradictorias, discordantes, y á más notoriamente erróneas como basadas en el materialismo más grosero ó en el más impotente panteismo, para servir de base y de punto de partida á la autoridad, á la ciencia, á la propiedad y á la familia? Delirio es suponerlo: si á pesar de vivir aun hoy las sociedades contemporáneas de los restos de su antigua fé católica, la mera iniciacion, los simples albores de esas doctrinas producen los resultados que tocamos, calcúlese cuáles serian si á ellas estuviera entregada por completo la direccion del espíritu humano.

Urge rehacer el influjo de la religion; hay que volver al catolicismo el puesto que de justicia le corresponde en la vida social; se siente esa necesidad, se palpa, se percibe hasta en la atmósfera intelectual que nos rodea, la revela la azarosa inquietud de los pueblos modernos. No hay ya términos hábiles para dilaciones y tardanzas; y si esta empresa no se acomete con decision y energía; hay entónces que resignarse al triunfo de la incredulidad en todas las manifesta-

ciones que su actividad ostenta actualmente, y á la satisfaccion de las reformas sociales, como esa escuela y los partidos que en ella se inspiran pretenden. Ó volver al catolicismo con todas sus saludables y legítimas consecuencias, ó soportar que ese malestar, que es un síntoma, origine la enfermedad que pronostica, y que sería el triunfo del materialismo en la ciencia, del ateísmo en política, de la violencia brutal en los gobiernos, de la guerra entre las clases sociales, de la disolucion de la familia, del pillaje más ó ménos organizado de la propiedad: en una palabra; un renacimiento pagano con todos sus horrores, y sin las costumbres, las tradiciones, las leyes y el estado social que pudieron hacer viable, aunque no moral, ni libre, ni honrada, la civilizacion de las repúblicas griegas y del imperio romano.

Las naciones cristianas no pueden adquirir otras creencias religiosas, porque no se va de la verdad al error; no dá el entendimiento esas caídas, por más que la voluntad extraviada por los vicios ó por impulsos de su indomable soberbia deje de prestar acatamiento en ocasiones á lo que reconoce como expresion de lo verdadero. Los pueblos modernos al alejarse del cristianismo, han caído en brazos del escepticismo, de la duda, no en los de otro dogma. Y como este estado de descomposicion es el que origina la deplorable situacion presente, lo que importa es restablecer el imperio de las creencias religiosas, únicas verdaderas, de aquellas cuya dismision produce la ansiedad, el vacío, el mal que nos aqueja, de las que son fuente de dicha y tranquilidad para los pueblos; de las de la religion católica.

No tengo, ni aún por asomo, la pretension de que sea nuevo nada de lo que constituye el fondo de este trabajo, en que pretendo dilucidar una simple cuestion de método. Sé que, por el contrario, esta materia es una de las que en la actualidad más se controvierten, y acerca de las que más ruidosas y empeñadas polémicas se sostienen: pero aún cuando hasta la forma de la exposicion de estas doctrinas fuera simple copia de estudios anteriores, aunque me limitara á reproducir letra por letra lo que tantos han dicho mejor y pensado

con más acierto, aun así podría ser de utilidad el repetirlo: que más que en otros, en estos tiempos de honda perturbacion moral y científica, de continua rebeldía contra el bien y la verdad, de incesantes ataques contra las doctrinas religiosas, importa insistir sin cansarse en la predicacion de los buenos principios, para unos desconocidos, para los más olvidados, y por muchos combatidos.

¿Qué medio es el más apropiado, qué camino el más seguro para conseguir la reforma social más importante de todas, la de la restauracion religiosa? ¿Pugnar por restablecer el antiguo organismo político y social, desdeñando la vida moderna y sus medios de accion, poner la vista en lo pasado y no cuidar siquiera de examinar el terreno que al presente se recorre, abandonándolo á los huracanes y tempestades que lo yerman; ó por el contrario, respetar el pasado como se respetan las cenizas de los ascendientes, pero reconocer que la humanidad, una en la esencia en todas las épocas, varía de formas, de medios, de recursos en cada momento histórico, y que lo que importa es apropiar, dirigir, utilizar esos medios y esas formas en servicio de los intereses religiosos, como en el de todos los que pueden ocupar la actividad humana?

Esto es lo que, aunque de ligero, pienso tratar en este artículo. No fio de mis fuerzas para conseguir algo provechoso para los intereses que pretendo favorecer; pero estoy seguro de la rectitud de mis intenciones. Hijo fiel y sumiso de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, en la que he nacido, en la que permanezco, y en cuyo seno espero confiadamente morir, no aspiro más que á verla honrada, próspera, libre y respetada en todas partes, y sobre todo en mi patria. A la defensa de esta santa causa me propongo consagrar, en lo que me reste de vida, cuanto alcance mi inteligencia y cuanto pueda mi voluntad.

II.

Respeto la sinceridad, las convicciones, los buenos deseos de los que á todo trance sostienen que no hay salvacion para

la sociedad, ni rehabilitacion posible de la influencia de la Iglesia, ni esperanzas del triunfo de la religion, si no se vuelve íntegramente, en el fondo y en los accidentes, salvas ligeras modificaciones, á los sistemas, á los procedimientos y hasta á las formas que precedieron al movimiento que ha mudado la faz de las naciones modernas. Pero por mucha consideracion que deba á la nobleza de estos propósitos, no puedo de modo alguno convenir en la bondad de sus doctrinas. Por amor á la fé que ellos y el que esto escribe profesamos, no puedo adherirme á sus manifestaciones, á sus intentos y á sus aspiraciones. Vivo en mi siglo, creo que no es peor que otros, y deseo que se le encamine, lo que es hacedero, y no que se le suprima, lo que es imposible. No juzgo acertado el método de marchar abarcando con la mirada el pasado y el porvenir, desdeñando el presente, y el presente es largo en la vida de la humanidad, porque recuerdo al astrólogo de la fábula, que embebecido en la contemplacion de los astros no se cuidó de evitar el precipicio abierto á sus plantas.

No cambia la humanidad en su esencia, pero se trasforma de continuo; no desaparece lo que es inherente al sér humano, pero al exteriorizarse sus manifestaciones, siempre es con variedad casi infinita, y tanto, que es una verdad histórica que no se repiten las formas que adopta, al ménos en lo más importante, para la satisfaccion de sus necesidades de todo órden. Siempre ha habido y habrá religion, poder público, sociedad, familia: hé aquí lo esencial, lo inmutable: cómo se ejerza el poder, cuáles sean las relaciones entre el sacerdocio y el imperio, cuáles las que ligen á los ciudadanos entre sí y con la autoridad, cuál la situacion de la familia ante la ley respecto á bienes y personas, eso es lo mudable, lo accidental, lo transitorio. Y no puede ser otra cosa: porque si se elevara á la categoría de esencial, de inmovible esa série de accidentes, ¿en qué y sobre qué se realizaria el progreso humano? Estarian entónces condenadas las sociedades á tal inmovilidad, que la del antiguo Egipto pareceria en su comparacion desenfrenada carrera, y los adelantos, las mutaciones, la civilizacion que precisamente tienen por

materia y por objeto cuanto es variable y trasformable, no hubieran podido ni áun salir de la infancia en que se encontraban á poco de aparecer el hombre sobre la tierra.

Una de las pruebas de lo fundamental de ciertos principios, es el permanecer íntegros, indestructibles, á pesar de las incesantes mudanzas de los tiempos y de los cambios que originan las fases por que va pasando la civilizacion. Imperecedera es la Iglesia Católica, inextinguible la fé que enseña, por más que esté sujeta su obediencia á aumentos ó eclipses en el espacio y en el tiempo: sin embargo, su manera de ser en cuanto á sus relaciones con los poderes seculares, ha experimentado frecuentes y profundas trasformaciones. Perseguida un dia, no tuvo lazos de ninguna especie con el poder temporal: vivió refugiada en las catacumbas, y regando con la sangre de sus mártires el suelo en que más tarde habia de triunfar sobre todo el mundo pagano: protegida y eficazmente amparada despues por las potestades civiles, vivió con ellas en la más perfecta armonía, recibiendo de ellas el apoyo de la fuerza legal y material, y dándolas por su parte el auxilio de su gran fuerza moral: á su vez nuestra época presencia la ruptura de esa íntima concordia, reemplazada en unas partes por una persecución, no indigna á veces de la de los más crueles emperadores romanos, y en otras por la más absoluta indiferencia, cuando no, al ménos en teoría, por la más completa separacion entre ambos poderes, entre una y otra sociedad. ¿ Han podido ser los mismos los medios externos de accion, de propaganda, de influencia, de vida, de la Iglesia en esas tres diversas fases? ¿ No supone cada una de ellas una trasformacion social completa? Y sin embargo, vivió, vive y vivirá, porque es la depositaria de la religion verdadera, imperecedera, inmortal.

Desde el sistema patriarcal ha pasado el poder público por la dominacion de los guerreros, de las castas, de las repúblicas de la antigüedad, de las monarquías de la Edad-media, del sistema absoluto, de las repúblicas modernas, del cesarismo novísimo y de la democracia contemporánea. Bajo cada uno de estos sistemas, el gobierno se ha exteriorizado de una

manera diferente, se ha relacionado con los gobernados de un modo distinto; pero ha permanecido siempre vivo lo esencial: el poder.

De diversos modos han considerado las leyes civiles la familia, y variadas han sido sus disposiciones respecto al matrimonio y á la autoridad paterna sobre las personas y los bienes de la sociedad doméstica; pero ha permanecido incólume lo que está constituido por Dios y emana de la naturaleza humana: la familia misma.

Se ha reglamentado de varias maneras el ejercicio del derecho de propiedad, ya individual, ya corporativa, ya libre, ya amortizada, y toda clase de teorías se han ocupado de su goce, desde las que lo han respetado en absoluto hasta las que lo han anatematizado como un crimen; pero la propiedad misma, atacada ó garantida, libre ó cohibido su disfrute, permanece inalterable en la sociedad.

Y acerca de la Iglesia, de la autoridad, de la familia y de la propiedad, han dado la vuelta al mundo los principios y los sistemas más perniciosos, que alguna vez han servido de base al gobierno, á la ciencia y á la ley; pero ahora y siempre la divinidad é independencia de la Iglesia, la obligación del poder civil de inspirarse en sus enseñanzas y favorecerla con sus leyes, los derechos exclusivos del bien al goce de la libertad, la eternidad y celestial procedencia de la justicia, el divino origen de la autoridad, la santidad é indisolubilidad del matrimonio, la indestructibilidad del derecho de propiedad, constituyen una série de verdades fundamentales, inmutables, incontrovertibles en el orden metafísico, á las que volverá la humanidad más pronto ó más tarde, sobre las que resbalarán uno tras otro los siglos sin debilitar su fuerza, y que constituirán siempre el fondo y la esencia de toda organización social.

Al propio tiempo, cuando tantas variaciones presenta la historia respecto á lo formal y accesorio, que es el campo entregado á las disputas y divisiones de los hombres, cuando á pesar de esas mudanzas lo esencial permanece inquebrantable, ¿debe razonablemente abrigarse la pretension de que la

Iglesia y los poderes públicos se ajusten estrictamente en sus manifestaciones externas á un molde laudable, bueno, ventajoso en sus tiempos, pero que no existe en la actualidad? ¿Lo pretende acaso la Iglesia misma? No: lo que hace es sostener hoy como siempre las verdades eternas: llama al mal mal, y no lo confunde ni lo iguala con el bien: condena todos los errores, todas las injusticias y todas las transgresiones; y salvado esto, deja que las sociedades se gobiernen como quieran, y no se opone jamás á la marcha de los tiempos y á las mudanzas de la civilizacion. Y surge de este razonamiento una idea que no carece de importancia: si no fuera la Iglesia imperecedera por su celestial origen, si no estuviera asegurada su existencia por promesas divinas que no pueden faltar, ¿no pareceria que su vida, su desarrollo, dependian del mantenimiento de ciertas formas y sistemas de gobierno, á los que á toda costa y á perpetuidad se la quiere ligar?

Bien sé que dirán los partidarios del sistema que censuro que sus pretensiones se limitan á la restauracion de los principios cardinales de orden moral y de justicia. Pero á mi vez debo hacer constar: primero, que se confunde en esta materia, como en todas las que con la política se rozan, mucho de lo que es meramente formal con lo esencial; y segundo, que no todos hacen tan completo abandono de los accidentes y las formas, sino que sostienen que fuera del régimen de otros tiempos, con su exterioridad tanto como con sus principios, no hay salvacion para la sociedad, porque no hay medios acomodados para la existencia de la Iglesia y para la debida y justa influencia de la Religión. Es, pues, necesario, para completar el plan de este trabajo, seguir examinando este aspecto de la cuestion.

El culto irreflexivo del pasado es una enfermedad constante del corazon humano. Esa inclinacion á lamentar los tiempos que ya fueron, ha sido comun en todas las épocas y países á todos los que, impulsados más por el sentimiento que por la razon, meditaban sobre las miserias y trabajos, siempre con corta diferencia iguales, de la época en que les

tocó vivir. Ya en el siglo xv nuestro célebre poeta Jorge Manrique expresaba esta verdad en las tan conocidas como sentidas endechas que dedicó á la muerte de su padre:

«Cuán presto se va el placer;
 cómo despues de acordado
 dá dolor:
 cómo á nuestro parecer
 cualquiera tiempo pasado
 fué mejor.»

Y es que la humanidad toca de cerca los trabajos y tribulaciones de su peregrinacion sobre la tierra, y de los tiempos pasados sólo llega á sus oidos la memoria de las grandezas, de los triunfos, de la gloria. De la vida de las generaciones que la precedieron sólo descubre los hechos culminantes, porque el trascurso de los siglos la oculta lo que padecieron, lucharon y sufrieron: bien así como las altas montañas contempladas á distancia aparecen tersas y de cómodo acceso, y sólo acercándose es como pueden distinguirse las rocas, los precipicios y los obstáculos de toda especie que hacen difícil la subida. ¡Si nuestros abuelos, si los que vivieron en esos que se suelen llamar « los buenos tiempos » pudieran hacernos detallada y minuciosa relacion de su vida íntima, que tan apacible y serena nos parece á través de la historia, nos convenceríamos de que no fueron sus inquietudes, sus zozobras, sus padecimientos, menores que los nuestros, y que su paso por la tierra fué regado con lágrimas no ménos amargas que las que ahora derraman nuestros ojos!

¿Qué es el pasado, el antiguo régimen, el sistema político y social que existió y que ya no existe? ¿Es por ventura una creacion artificial, impuesta por el capricho de un genio ó de un déspota, y para cuya resurreccion basta que un hombre de iguales condiciones pronuncie el poderoso *fiat* que la haga salir de su sepulcro? Si esta errónea creencia se alberga en la inteligencia de los irreflexivos ó los ignorantes, no cabe por cierto en la mente de quien tenga alguna nocion de sentido histórico: pensar que estados sociales completos pueden

restaurarse ó por la fuerza ó por la voluntad de los poderes públicos, es perseguir un sueño irrealizable.

Toda organizacion social es el producto, el resultado, la consecuencia de hechos poderosos, de corrientes incontrastables: cada época tiene su manera de ser, que se refleja en su gobierno, en sus costumbres, en sus leyes; mientras subsisten las causas, los efectos son permanentes. Las condiciones del poder son resultado de grandes organismos sociales, pero no su causa; su coronamiento, pero jamás su origen.

El antiguo régimen obedecía á esta ley indeclinable: se fundaba en unas condiciones religiosas, civiles y privadas, que producian perfecta armonía entre el poder social y los intereses que le rodeaban, que en él tenian su representacion más genuina, su intérprete más autorizado, su reflejo más constante. Habia en aquella sociedad una fé religiosa que hacia respetable la autoridad, cuyo divino origen no se desconocia ni negaba, y que no censuraba jamás su ejercicio ni sus facultades: existia un clero venerado, respetado, querido, y al propio tiempo de gran influencia civil y política, tanto por su inmensa propiedad territorial y sus grandes medios de accion, cuanto por la estrecha concordia en que vivia la Iglesia con el poder temporal: habia una aristocracia que aún conservaba el prestigio propio que la daban los recuerdos de la fundacion de las monarquías europeas en la Edad-media, y el que sobre ella reflejaba la autoridad real, á cuyo alrededor se encontraba en lugar preeminente: habia una familia sólidamente organizada bajo el amparo y sobre la base del sentimiento religioso, sometida á una severa disciplina y á la autoridad paterna, nunca disputada, y cuyo hogar, cuyo patrimonio se conservaban á través de las generaciones: habia una propiedad inmueble que, por la parte que en ella tenian las corporaciones y la Iglesia y por lo que la ligaba la amortizacion meramente civil, poseia condiciones de estabilidad, de permanencia, que hacian duradera la influencia de los propietarios sobre las poblaciones que se dedicaban al cultivo, y que á la par, por la universal prolongacion de los arriendos, hacian en cierto modo al simple

labrador copartícipe de esa misma riqueza: era, en fin, una sociedad acostumbrada, por el respeto á la autoridad y á sus representantes, á prescindir casi por completo de libertades políticas, al paso que á gozar de grandes franquicias municipales por lo mismo que los intereses locales estaban sólida y permanentemente asegurados; y que por la viveza de su fé, por la manera de ser de la propiedad y la familia, por el estado de la ciencia, por las tradiciones, por las costumbres, por todo cuanto puede influir en el sentimiento y en el juicio, ni experimentaba la necesidad, ni tenia siquiera idea de qué es la agitacion, el escepticismo, la duda, el espíritu de contradiccion y de exámen que sienten las sociedades modernas.

El poder público coronaba dignamente este edificio, de cuya grandeza dan testimonio sus venerables ruinas y la influencia que aún ejercen sus recuerdos. No era disputado ni contradicho: no habia quien censurara la concentracion de su autoridad, porque los mismos gobernados estaban bajo el imperio de las doctrinas autoritarias más completas: era, y podia ser, absoluto en la acepcion histórica y filosófica de esta palabra, porque no contrariaba otras aspiraciones ni lesionaba otros intereses. Existia unidad de creencias religiosas, ó al ménos no se atrevian los incrédulos, por respeto á las convicciones de los demás, á pensar en alta voz sus propias dudas: no habia en algunos países para qué consignar en las leyes la libertad de conciencia ni del ejercicio de los cultos: podia y debia ser la ley intolerante, porque ni comprometia la paz pública con sus prohibiciones, ni oprimia la libre expansion de ningun sentimiento, ni hacia más que conformarse con el deseo, con los votos, con las opiniones del pueblo, que aceptaba gustoso, y aún más, pedia con empeño medidas de proscripcion contra los que ofendian la sinceridad de sus creencias. Era la autoridad de la Iglesia doquier acatada y venerada, íntima la union entre la potestad secular y la eclesiástica, y podia y debia el poder civil poner al servicio de aquella sus medios coercitivos para perseguir la impiedad y la herejía y para proteger al catolicismo, porque así

lo pedía la nación, lo exigía el interés público, y no había doctrinas contrarias que tuviesen arraigo en el cuerpo social, ni consideraciones de ningún género á que atender para consagrar todas las fuerzas seculares á la protección del bien y á la persecucion y castigo del mal; bien y mal que no parecía entónces dudoso lo que eran y dónde se encontraban. En la infancia las ciencias físicas y naturales no habían traído al campo de la discusión su inmenso bagaje de observaciones y descubrimientos, que han hecho necesaria la expansión del exámen meramente científico y de la controversia puramente racional, de la que nada tiene que temer el dogma, pues lejos de eso la geología, la antropología y las investigaciones prehistóricas no han hecho más que confirmar las verdades consignadas en los santos libros, pero sin que sea posible ahogar las demostraciones de ciencias experimentales con declaraciones autoritarias: lejos de eso, contenida la especulación científica en el terreno metafísico y moral en el que la autoridad campeaba sin obstáculos, era hacedero, posible fijar á la discusión y á la polémica límites que no había interés ninguno en traspasar. Integras las tradiciones que arrancaban desde el nacimiento de las nacionalidades cristianas formadas de los restos del imperio romano, tenían justa razón de ser las corporaciones y los institutos que de antiguo compartían y moderaban el poder monárquico, sin que otras teorías de derecho público hicieran necesaria la existencia de determinadas garantías para los gobernados. Así que, tranquila la autoridad, que se ejercía por unánime asentimiento de los pueblos cuyas ideas é intereses representaba, unida la familia, cuyos lazos estrechaban aún á parientes de remoto grado, cuya fuerza no destruían los años, y cuyas tradiciones mantenía la conservación del solar donde se había mecido la cuna de los hijos, y que había sido testigo de la muerte de los padres; ni se conocían las frecuentes mudanzas de sistemas y formas de gobierno, ni se había desarrollado la imprenta en los términos que ahora la alcanzamos, ni la electricidad y el vapor habían venido á hacer solidarios á los pueblos en sus trastornos y revueltas. En una

palabra, aparte de los adelantos naturales y legítimos de la civilización moderna, no existía la Revolución.

¡La Revolución! Hecho de tan inmensa maldad como grandeza, que como fiel católico y sincero amante de la libertad política, nadie abomina más que yo; pero hecho que hoy se impone como dato imprescindible en la gestión de los negocios públicos, y cuya fuerza no es dado desconocer. Ella es la atmósfera que hoy se respira en el mundo moderno; ella el terreno que hoy respiramos en los tiempos actuales. Hay que purificar esa atmósfera y limpiar ese terreno; pero es una utopía pensar en anularlo, so pena de asfixiarse en el vacío y de carecer de base donde asentar la planta. Y así lo demuestran los hechos, que revelan la impotencia de cuantos desdeñando los medios propios de la época presente han querido extirpar el cáncer con el hierro y con el fuego, en vez de curarlo con prudentes medicinas. No léjos de nosotros, un príncipe ilustre por su fé, por su lealtad y por su constancia, quiso hacer de la blanca bandera de sus antepasados la mortaja del mundo moderno, y sólo consiguió convertirla en el sudario de su propia causa; y entre nosotros, partidos que han querido seguir idéntica conducta, sólo han alcanzado á cubrir de sangre y ruinas el suelo de la patria.

Vano empeño es luchar con lo imposible: para restablecer el antiguo régimen, habría que empezar por reconstruir la sociedad en todas sus esferas, tal como se encontraba ántes de la era revolucionaria. Querer poner á la cabeza de estos pueblos modernos un poder á la antigua, es lo mismo que intentar fabricar una casa comenzando por la techumbre. Si hoy, por los azares de la política, se viera una restauración semejante, el poder, fuera cual fuese su forma y su nombre, se encontraría en el vacío; y á despecho de su voluntad, de sus propósitos y de sus intenciones, tendría que avenirse á gobernar con los medios actuales, y con ellos procurar la única restauración posible, la de las nociones inmutables de orden, de derecho y de justicia. El mismo Felipe II, el más autoritario de los monarcas españoles, el de más carácter y de más constancia, el de más profunda intencion y más vas-

tos planes que registra nuestra historia, sería impotente si hoy resucitara y se colocara en el trono, para ejercer su autoridad como la ejerció en su tiempo, porque lo sería para rehacer de pronto la sociedad según el molde en que estuvo formada.

Pero aparte de estas consideraciones, que demuestran la imposibilidad de realizar por medio de la restauración del antiguo régimen la rehabilitación de la influencia religiosa, hay otras que convencen de la suprema inconveniencia de intentarlo, convirtiendo esa aspiración en un ideal constantemente acariciado.

Es el primero de estos inconvenientes el que ese deseo, nunca satisfecho, ese porvenir perpétuamente alejado y sujeto á contrariedades que cada día varían de forma, pero que son siempre insuperables, concluye por producir hondas perturbaciones sociales y políticas. Los partidos ó las escuelas que se inspiran en esos sentimientos, como que aborrecen la práctica de las instituciones modernas y se alejan por completo de la vida contemporánea, se ven privados de los medios legales de conseguir el triunfo y condenados á un perpétuo retraimiento; ven con saña mal comprimida la existencia de la organización social y política; desean, no su mejora, sino su desaparición; y del retraimiento á la rebelión no hay más que un paso, que se franquea en cuanto las circunstancias permiten intentarlo con esperanzas de éxito, ó en cuanto se ha acumulado bastante suma de rencores para lanzarse á la pelea. El resultado no es nunca la victoria, porque no se vence á nombre de lo imposible, sino una agravación de los mismos males cuyo remedio se buscó por tan errada senda. Y aunque no llegue el caso de las luchas materiales, bien triste es la situación de un país en el que una gran masa de ciudadanos está espionando sin descanso el momento de concluir radicalmente con cuanto ha creado, vivificado y establecido todo un sistema de organización social.

Retrásase además indefinidamente el necesario trabajo de reconstrucción que nuestra época reclama con urgencia, no sólo por ese estado de violencia, sino porque falta á las fuer-

zas sociales vivas, activas, determinantes, el concurso de una gran parte de las influencias y de los medios propios del catolicismo, que en nada pesan para que la direccion de los negocios se encamine por las vias de la justicia, y se aparte de las del error y las preocupaciones. Toda civilizacion, todo progreso para ser permanentes y legítimos, han de ser el resultado de todas las fuerzas sociales: si á su obra no concurren todos los elementos existentes y atendibles, el resultado será un gran desequilibrio, y de escasa solidez el edificio que se construya; y en ese edificio, por más que se repugne, ha de vivir por fuerza la humanidad, amoldándose á las reformas que en su traza introduzca el curso del tiempo.

Quedan, por otra parte, los católicos que perseveran en ese retraimiento, en inferioridad deplorable con relacion á sus adversarios; porque no queriendo usar con verdadero celo, con aficion, con amor, de los medios modernos, y no pudiendo tampoco utilizar los antiguos, porque á ello se opone el estado de la sociedad, se exponen á verse retrasados en el terreno de la ciencia, y desde luego y positivamente á encontrarse excluidos de participacion y de influencia en los negocios públicos, en los que tanto les importa ser preponderantes, hoy sobre todo que las relaciones entre la Iglesia y el Estado están atravesando la crisis quizás más formidable que han conocido los siglos.

Sobre todos estos inconvenientes, descuello uno de mucha mayor trascendencia: hoy que son endémicas las agitacionnes políticas, que no hay poder que no cuente numerosos adversarios y que no sea fuertemente combatido, ligar estrechamente los destinos de la Iglesia á los de un sistema de gobierno, es hacerla solidaria de todos los desaciertos y torpezas que éste cometa y de los odios y antipatías que inspire, y dar pábulo á que los que le aborrecen ataquen al propio tiempo la causa de la religion, que es inocente de los errores gubernamentales, pero que por estar enlazada á ese sistema, por fuerza ha de recibir parte de los tiros que se le dirijan. Hartas preocupaciones anublan la mente de las masas ignorantes, para contribuir á darlas incremento; no es la

menor de ellas suponer que el catolicismo es hostil al progreso y á la libertad, y que su triunfo supone necesariamente el de una política represiva y arbitraria; y no sería por cierto el medio de desvanecerlas el defender con decidido empeño la restauracion de un sistema que no juzgo, pero que excita las repugnancias de los que pertenecen á las escuelas avanzadas, y defenderlo como medio indispensable para hacer prevalecer la influencia y la accion de la Religion católica. No hay que hacerse ilusiones; por ese camino es casi seguro que se alejará de la fé á muchos, y se entibiará á algunos de entre cuantos se sientan lastimados por la preponderancia de un sistema que ofenda sus opiniones políticas, pues sospecharán que es un recurso más para hacerlo prevalecer. Notable error es no hacer las debidas distinciones entre las causas y los efectos, entre lo principal y lo accesorio, entre lo permanente y lo mudable; pero al tratarse de asuntos humanos, hay que tener en cuenta las debilidades de la inteligencia y los vicios de la voluntad, comun patrimonio de los hombres, y no figurarse que se legisla ó se gobierna para sociedades ideales, que ni han existido ni existirán jamás, dadas las condiciones de la humanidad. En política sólo es bueno lo posible; gobernar es atender á los principios y á los hechos.

No estamos, por desgracia, en tiempos en que pueda fácilmente prescindirse de todos los elementos útiles, por atemperarse al inflexible rigor de las teorías; época es ésta de agitaciones, de dudas, de rebeldías, de escepticismo: importa más que nunca atraer, no rechazar; convencer, no subyugar. Inmutable, intransigente como la verdad es el dogma católico, y acerca de él no caben transacciones ni arreglos; pero para hacer venir á su seno á muchos de los que de él se encuentran alejados, es preferible ganar su voluntad allanando obstáculos, que herir de frente sus preocupaciones en asuntos puramente mundanos, imponiéndoles abdicaciones que resistan. Que no puedan figurarse que por entrar y permanecer en el gremio de la Iglesia se les obliga á abjurar de sus afinidades políticas; que no se autorice la lastimosa preocupacion de que tienen que renunciar á prefe-

rir cierta forma de gobierno si han de ser fieles católicos. Todos los sistemas de poder secular son compatibles con la Iglesia, con tal que se respeten los principios cardinales del orden moral y metafísico. En estos tiempos no pide protección ni privilegios; sólo necesita respeto y libertad.

Y si al ménos el antiguo régimen se hubiera librado de la corrupción á que están condenadas todas las instituciones humanas; si siquiera pudiese aún servir de tipo, de ideal apetecible para la restauración religiosa, sería disculpable la pertinacia de los que siguen defendiéndole. Pero muy léjos de esto, sus últimos tiempos fueron de bien triste recordación para la Iglesia, sujeta al capricho de príncipes soberbios ó corrompidos, aherrojada por las regalías, contristada por la flaqueza de gran parte del clero, y ahogada, más que favorecida, por los lazos de la íntima concordia que la encadenaba al poder temporal. No: no puede querer ningún buen católico para la Iglesia gobiernos como los de José I de Portugal, Luis XIV y Luis XV de Francia, y medidas como las que favorecían é impulsaban los ministros, los consejeros y los favoritos de Carlos III y Carlos IV de España.

El estudio imparcial de la historia lo evidencia; y si se duda de las apreciaciones que acabo de hacer, regístrense los escritores ménos sospechosos, y allí se encontrarán cumplidamente comprobadas. No será recusado el testimonio del eminente historiador de la Iglesia católica, Rohrbacher, ni el del ilustre Le Play, autor de una de las obras más importantes que en el siglo actual han visto la luz en Francia, *La reforma social*, los que unánimemente convienen en lo desastroso que había llegado á ser para la Iglesia el gobierno de las antiguas monarquías europeas. Séame, sobre todo, permitido para acallar escrúpulos y dar autoridad á mis palabras, citar al más popular y conocido de los apologistas modernos, Augusto Nicolás, que en su libro *La revolución y el orden cristiano*, cap. IV, núm. 3, dice así: «Soy enemigo del antiguo régimen, y se me puede creer; porque lo detesto por las mismas causas, en un sentido, que me hacen detestar la revolución. ¿Qué es, en efecto, el antiguo régimen? Es ese sistema

que principia en Luis XIV y que concluye en Luis XVI exclusivamente. Régimen malo, porque limitó á sí mismo la ascension del mundo en el progreso cristiano, que no habia cesado de desarrollarse hasta allí, y quiso hacer de ella su cénit. Porque se hizo término debiendo haber sido camino, como si todos los siglos anteriores sólo hubieran trabajado para él, y como si de él debieran provenir todos los siglos futuros. Porque se hizo absoluto, y en cuanto pudo, Dios. Podria decir mucho de él, pues nadie vitupera y repudia más que yo ese régimen. Fué grande, fué glorioso á veces, y esta es la excusa de la fascinacion que ha ejercido en los grandes genios que produjo. Pero su grandeza y su gloria no procedian de él; era una herencia acumulada desde los tiempos anteriores, y de la que no tuvo que hacer más que disfrutar. Si se hubiera limitado á hacer sus honores, sólo tendríamos que aplaudirle; pero la constituyó en su herencia, en su ídolo. Hizo de ella como el revestimiento de su arbitrariedad y de su corrupcion, y como el regalo de su personalidad y de su licencia, á costa de los principios que eran su sustancia y de los que empobreció á la nacion. Hé ahí el antiguo régimen: fué el despotismo (no la tiranía, que supone la idea de bajas violencias), templado por la complicidad de la opinion, que tomaba los abusos por brillo y esplendor. Y ahora se presenta la verdadera cuestion. La Religion, por la cual entiendo, no las debilidades de algunos de sus ministros, que ella es la primera en condenar, sino la misma autoridad que las condena, la Iglesia católica, esa misma Iglesia es á la que hoy quiere envolverse en el odio al antiguo régimen. ¿Recibió algo de él? Todo lo contrario; fué su única oposicion y su víctima, como lo es en el dia de la tiranía revolucionaria... Respecto á la libertad de la Iglesia propiamente dicha, es decir, de la Santa Sede, el antiguo régimen trató siempre, en todo cuanto pudo, de ponerla una mordaza.»

No ha sido mi ánimo hacer un exámen político del régimen pasado, cuyas postrimerías han merecido el severo juicio que acaba de leerse, ni atacarlo ni defenderlo bajo este aspecto. Puntos de vista más ámplios tengo presentes en este

trabajo, en el que gobiernos y sistemas los considero solamente en cuanto hace referencia á sus relaciones con la Religión y con la Iglesia. Dado que no es posible resucitar aquella organizacion, y que áun cuando fuera hacedero no sería ventajoso para el catolicismo, veamos ahora en qué condiciones, bajo qué fórmulas, con qué ventajas y con qué inconvenientes se realiza su desenvolvimiento en las sociedades modernas, cada dia más necesitadas de que vuelva á animarlas su espíritu salvador y vivificante, y la benéfica y provechosa influencia de la Iglesia. Paz y respeto para los restos del pasado; pero no pretendamos contrariar la obra de los siglos, ni las leyes indeclinables de la historia.

III.

Irrealizable como es la empresa de dar vida á lo que por voluntad de la Divina Providencia dejó para siempre de existir, viviendo en esta sociedad y en este siglo, qué, como los anteriores, cumple el destino que Dios le trazara desde la eternidad, y que como todos los que le precedieron lleva su contingente de fuerzas vivas, de acciones laudables, de propósitos dignos á la gran obra de adoracion que la humanidad desde su origen tributa al Creador, ¿qué remedio racional y sensato cabe más que aceptar de buen grado lo que de recto y justo se encuentre en su seno, para aumentarlo y mejorarlo, al par que para librar con no menor actividad que en otros tiempos, la perdurable batalla con el mal, á que está condenado el hombre en la tierra? Si hoy los medios de accion y de lucha son distintos, ¿se ha de creer por eso que la defensa del bien es imposible? Cuando lo sería, cuando sonaria para los católicos, al ménos por el pronto, la hora del vencimiento, sería cuando en su inmensa mayoría se decidieran á retirarse del campo de batalla por creerlo inadecuado, empeñándose en trasportar la lid á un palenque obstruido por escombros, y en no usar las armas hoy admitidas por estimarlas peligrosas, prefiriendo valerse de otras que no correspondieran al

alcance y poder de las contrarias. Les reservaría la suerte el mismo desgraciado éxito que alcanzaría un ejército que, abominando de las armas de fuego por creerlas desleales é indignas de hombres de valor entero, entrara en la pelea lanza en ristre, cubierto de armadura y fiado en la fuerza de sus brazos y en los impulsos de su ánimo, contra un cuerpo de tropas organizado á la moderna, suelto de movimientos que no embarazase la pesada coraza, y que manejara el fusil de tiro rápido y certero de los tiempos actuales.

No creo pecar de optimista al juzgar el siglo en que vivimos, pero procuro defenderme contra la preocupacion de encontrar mejores los pasados, de que ya ántes tuve ocasion de ocuparme. No vacilo un momento en asegurar, de conformidad con las enseñanzas de la Iglesia, que hoy la humanidad sufre la influencia más dañosa, bajo el punto de vista religioso, de cuantas en la série de los tiempos han anublado su entendimiento y turbado su conciencia, pues que el moderno racionalismo, hijo de la Reforma protestante, y á su vez generador de la indiferencia y del materialismo contemporáneos, es la mayor de las herejías suscitadas contra el dogma cristiano; como que puede decirse que es el conjunto y recopilacion de cuantas se han levantado contra su autoridad y su doctrina. Mas por otra parte, ¡cuán bello, cuán admirable espectáculo es el de la resurreccion católica que presencian nuestros ojos, á la que acaso no damos toda la importancia que en sí tiene, pero que será el asombro de las generaciones venideras! Es verdad que nunca ha sido la Iglesia tan combatida por los poderes temporales, en términos que apenas si podrá señalarse algun gobierno que no la sea hostil ó indiferente; es cierto que parte de las masas de las naciones católicas están lastimosamente extraviadas por las doctrinas más nocivas; pero, en cambio, ¡qué union la de toda la Iglesia con el Vicario de Jesucristo! ¡Qué fé tan profunda la de los que han permanecido fieles! ¡Qué obras de sacrificio y de piedad tan consoladoras contemplamos! La fé en nuestros dias no está tan extendida en los países de antiguo católicos como ántes de la revolucion, pero es mucho más firme é in-

tensa: ántes la costumbre de no verla combatida, la seguridad de su posesion, la hacian sencilla, pero poco convencida; fuerte ante el sentimiento, pero débil ante la razon; hoy, por el contrario, se mantiene en lucha continuada, que la obliga á estar prevenida y dispuesta á todo ataque, á toda sorpresa; y es de una solidez tan superior á la que abrigaban en general las generaciones anteriores, como es más robusto y vigoroso el hombre de continuo avezado á duros trabajos corporales ó á las fatigas de la guerra, que el que llevó siempre una vida regalada y tranquila. Hoy no es posible que, predicaciones como las de Lutero, por ejemplo, arrastren tras de sí á una gran parte de la grey cristiana; al contrario, dispuestos los católicos para toda agresion, apercibidos contra todo evento, oyen con lástima é indiferencia los tristes esfuerzos que desdichados apóstoles del error hacen para arrancarles sus creencias.

Además, la revolucion, mal supremo en el órden moral y azote de la edad moderna, se encuentra en su periodo de decadencia. Soy de los que creen, con un gran escritor francés contemporáneo, que no empezó en 1793, sino que entónces fué cuando verdaderamente tuvo término; que los horrores de su época no fueron su prólogo, sino su epilogo, y que sus comienzos hay que buscarlos en el renacimiento pagano y en la reforma protestante, que trastornaron al mundo y quebraron la direccion del espíritu humano en el siglo xvi. La corriente revolucionaria fué desde entónces creciendo y engrosando, desde los Médicis hasta Voltaire; desde Lutero hasta Robespierre; desde la predileccion entusiasta por el arte y la literatura del gentilismo, hasta la proscripcion del culto cristiano, pasando por el entronizamiento del poder absoluto en las monarquias, por las regalías, por el galicanismo y el jansenismo, y por todos los errores y sucesos que tanto afligieron á la Iglesia, hasta la tremenda explosion que sepultó altares y tronos en mares de fango y sangre, y que cubrió de desastres y de ruinas el territorio de Europa. Inmenso cataclismo del que salió la Iglesia purificada y rejuvenecida, que acabó con todos los vicios é impurezas del antiguo régimen,

pero del que salió también la revolución deshonrada, y en el terreno moral desde luego quebrantada y vencida.

No son, pues, tan extraordinarios los males de nuestra época; grandes los cuenta, pero ofrecen amplia compensación notables bienes; y como deseo autorizar mis pobres juicios con nombres respetables, séame permitido citar aquí al eminente obispo de Orleans, monseñor Dupanloup, que en su notable libro sobre *La predicación popular*, dice así: «No incurrais en uno de estos dos defectos: el de anatematizar á la época actual, ó el de abandonarse á la inercia y al silencio del abatimiento. Tengo horror á estos dos excesos y los considero dos formas de la pereza. Cuando hemos lamentado los males de nuestro tiempo, nos parece haber hecho bastante, y creemos salir del paso con ayes y suspiros. Es preciso luchar; es preciso obrar; es preciso aprovecharse de todos los recursos que tenemos. Porque los tenemos, y muy grandes. ¡Oh! Sin duda nuestro siglo tiene miserias y peligros propios, pero tiene también virtudes y fuerzas propias para el bien... No acusemos á nuestro tiempo; valiéndonos de la cooperación de todos, á despecho de todos los esfuerzos contrarios, trabajemos valerosamente para mejorarle, mejorándonos á nosotros mismos... Y por otra parte, poco más ó ménos, ¿no ha sucedido siempre lo mismo? El bien y el mal, ¿no han estado siempre en lucha y en lucha ardiente sobre la tierra? ¿No ha parecido muchas veces que el bien estaba vencido? Cuando considero atentamente cada siglo desde su principio á su fin, en lo que constituye su esencia, cada uno se presenta á mis ojos con su carga, sus desgracias y sus trabajos; y si Dios me hubiera dejado la elección, en verdad que no sé si me atrevería á encargarme de escoger aquel en que más hubiera querido vivir. Dejemos, por lo tanto, de lamentar el tiempo pasado, que no le hemos de volver á hacer nacer, y de anatematizar el presente, que no le hemos de hacer cambiar, sin adormecernos por esto sobre los males y peligros que amenazan á lo que debemos salvar.»

Ahora más que nunca importa á los intereses religiosos tener influencia activa en la dirección de los negocios pú-

blicos, porque la política contemporánea es esencialmente religiosa, entendiendo esta palabra en el sentido de que la acción de los poderes seculares y su desarrollo afectan constantemente á estos altos intereses. Esta preferente atención, rara vez benévola, que la potestad civil les consagra, es un hecho de inmensa importancia, porque revela la fuerza del movimiento religioso que tan imperiosamente se impone á todos los cuidados de los gobiernos; y debe, por otra parte, estimarse como síntoma de magníficas esperanzas, pues despertada la atención de éstos hácia dichas cuestiones é intereses, y fuertemente impresionados por ellos los pueblos, el resultado ha de ser consolador para el catolicismo, cuyas verdades han de acabar por triunfar en el convencimiento y en la conciencia de naciones y gobiernos. Más vale esto que la indiferente frialdad con que en otras épocas se consideraban tan vitales asuntos, y á dicha debe tenerse que hayan pasado esos tiempos. Hoy más que nunca es una profunda verdad el dicho de Donoso Cortés, de que en el fondo de toda cuestión política se encuentra una cuestión religiosa.

Toda acción, todo esfuerzo social; han de guardar consonancia con los elementos que constituyen la sociedad misma: ya he tenido ocasión de indicar que el antiguo régimen vivió poderoso y robusto porque era la consecuencia de enérgicos y vitales organismos, y que desaparecidos éstos sería empeño insensato quererlo restablecer. Por idéntica razón, la manera de ser de los intereses esenciales y permanentes de la familia humana, ha de acomodarse en la edad presente á los caracteres exteriores que han revestido para existir y desarrollarse. Lo fundamental permanece; lo que varía es el modo, el accidente: y como á pesar de todo, lo primero subsiste y no puede acordarse con formas que han perecido, de ahí que forzosamente busque y haya de encontrar albergue en otras condiciones exteriores, que son las que hoy conocemos. Religión, autoridad, ciencia, propiedad, familia, existen ahora como ántes y como existirán siempre: no han de variar sus nociones esenciales, porque son reflejo de lo absoluto, de Dios. O defenderlas con los medios modernos y en el

seno de la vida contemporánea, ó resignarse al triunfo, aunque pasajero durable, del error y del mal en todos los terrenos. Hoy, que no hay autoridad que no sea discutida, no puede pretenderse que sea respetada la mera afirmacion autoritaria, salvo en las cuestiones de dogma, y hay que acudir al palenque del debate so pena de verlo ocupado por los contrarios: hoy, que las corrientes de la libertad política imperan por do quiera en Europa, á ese sistema hay que acudir para tener participacion en el gobierno: hoy, que todo se enseña y se predica, hay que luchar con incansable actividad en el libro, en el periódico y en la cátedra: hoy, que la humanidad no admite privilegios, hay que aceptar de buen grado, con completa buena fé, las condiciones que á todos conceda el derecho comun.

No hay que temer que el venir de lleno á la vida moderna sea perjudicial á los intereses del catolicismo; cierto es que tiene grandes medios el error, pero los tiene no menores la verdad; ó por mejor decir, son iguales para ambas partes, como lo han sido en todos tiempos: y si se dice que el mal tiene mayor actividad, en cambio no puede negarse que el bien tiene mucha mayor fuerza. Porque ¿qué son los medios de propaganda y de influencia con que puede contar una doctrina, sino el resultado de un estado de civilizacion que no puede alterarse bruscamente? Si el vapor y la electricidad, creando estrecha solidariedad de intereses entre los diversos Estados y facilitando las comunicaciones llevan de uno á otro país ideas y doctrinas subversivas, tambien son poderosos para ayudar á la gran union que al mundo ofrece en espectáculo la Iglesia toda con su augustó Vicario, y permiten que el despojado y cautivo sucesor de San Pedro haga llegar á todos los extremos del orbe los acentos de su voz soberana: si la imprenta ha causado y causa grandes males, sobre todo en forma de periódico, tambien sirve para que apologistas celosos defiendan con éxito las verdades eternas, y ha bastado para que por la fuerza de los hechos, por esa inmensa publicidad que el periodismo representa, haya caido por imposible una de las más tiránicas regalías del antiguo poder civil,

el *regium exequatur*: si el desarrollo del comercio, de la navegacion y de la industria, han alentado sobremanera el amor á los goces materiales y han trastornado antiguas costumbres y llevado el contagio de malas ideas á zonas ántes puras y firmes en la fé, tambien facilitan su camino al heróico misionero que va á llevar la luz del Evangelio á las remotas soledades del Africa ó de la Oceanía: si el espíritu de libre exámen ha vuelto á los pueblos indóciles á toda autoridad, en cambio no hay gobierno que pueda arrastrar á una nacion en masa al cisma ó á la herejía; lo que pudo hacer en su tiempo Enrique VIII en Inglaterra, lo que intentaron José I de Portugal y Luis XV de Francia, y acaso Cárlos III en España, con motivo de la expulsion de los jesuitas, con lo que al ménos amenazaron al desgraciado Clemente XIV, ni siquiera puede imaginarlo un gobierno en nuestros dias, y no lo consiguen ni la Rusia en Polonia, ni Bismarck en Alemania: y, finalmente, si no estamos bajo los felices auspicios de Carlomagno, de San Fernando ó de San Luis, tampoco son hoy posibles Asambleas del clero como la de Francia en 1682, ni escándalos como los de Port-Royal, ni obispos como Fouché y Talleyrand. Como dice el ya ántes citado monseñor Dupanloup en su obra sobre *La educacion cristiana*, «si las ideas subversivas pueden propagarse más rápidamente, ¿por qué las sanas doctrinas no se han de difundir aún con más rapidez? Por los caminos abiertos á los mercaderes y á los conquistadores, ¿por qué los apóstoles no han de ser los primeros que pasen llevando á todos la buena nueva del Evangelio? No, no hay ninguna razon para alarmarse; sólo hay un deber más, impuesto á la humanidad en general y á los cristianos de nuestros dias en particular.»

Si, por ventura, pudiera suprimirse todo ese conjunto de ideas y de hechos, aún sería disculpable el empeño de renunciar á las formas y los medios de la vida contemporánea; pero no puede pretender ser tenido por cuerdo el intento de anular de un golpe el periódico, el telégrafo, el ferro-carril, las asambleas políticas, la agitacion de los partidos, el predominio de las ciencias de observacion, y el espíritu de revuelta y

de exámen, que son hoy, con todos sus inconvenientes y ventajas, el patrimonio de las generaciones actuales. Lo que hay que hacer es combatir la parte mala sin descanso.

Las democracias modernas, que todo lo han arrollado ó conmovido, representan sin embargo una fuerza viva, poderosa en las evoluciones del mundo moderno. No hay que pegarlo, por más que el desarrollo de estas doctrinas quebrante antiguas tradiciones ó vulnere sentimientos arraigados. A ellas está encomendado el gran trabajo de trasformacion á que en breve plazo están llamadas las instituciones sociales; pero las falta direccion oportuna, por lo que tropiezan con formidables resistencias. Es menester convertir al catolicismo esas turbulentas pero irresistibles corrientes; y el día en que la democracia encarne la idea verdaderamente cristiana, la idea católica, suyo será, sin duda alguna, el imperio del mundo. Hoy representan las ideas político-democráticas, respecto al mundo cristiano, el mismo papel que respecto al imperio romano representaron los godos y los francos. No trató por cierto la Iglesia de aislarse del contacto de los bárbaros; púsose á su lado, les predicó con celo, con fervor, aceptó sin resistencia su dominacion, y tuvo la gloria, á poco tiempo, de hacer de aquellos pueblos, que habian invadido á Europa ávidos de exterminio, la fuerza más poderosa que pudo contar en su auxilio, y los fundadores de las monarquías europeas que tantos días de esplendor dieron á la religion. Tuvo bastante prevision para no acariciar la funesta ilusion de querer restaurar el destrozado imperio de los Césares, cuya existencia habia terminado obedeciendo á los profundos designios de la Providencia.

En la gobernacion de los pueblos, sólo es bueno lo posible: la política no es la moral ni el derecho, por más que en ambos conceptos deba inspirarse, pero sin pretender jamás tener sus inflexibles términos. Gobernar es atender á los principios y á los hechos; cuidar sólo de los primeros, es permanecer en plena utopia; mirar únicamente á los segundos, puede llevar á la barbarie. Por eso con razon se ha dicho, que la política es la ciencia que hermana la filosofía con la historia.

Hay una restauracion que los católicos no pueden dejar de provocar siempre y á toda costa; la de los principios fundamentales, la de las bases esenciales en el órden religioso, en el metafísico y en el moral; ya quedan indicadas ántes cuáles sean, y que respecto á ellas y á los derechos del bien y del mal no pueden en teoría aceptarse transacciones. Pero es menester acomodarse á los hechos, al medio en que se vive, á los elementos con que se cuenta, á la atmósfera que se respira. No puede dudarse de que el catolicismo es la verdad, el progreso, la vida; pero hay que cuidar de no vivir en las regiones utópicas. Como dice Augusto Nicolás, en su obra ya citada, *La Revolucion y el órden cristiano*, antiguamente hablaban tan sólo la justicia; en la actualidad habla tambien la prudencia. Y nuestro insigne Balmes, en *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, cap. LV, estampa las siguientes notabilísimas frases: «Una política justa no sanciona lo injusto; pero una política cuerda no desconoce nunca la fuerza de los hechos. No los reconoce aprobando, no los acepta haciéndose cómplice; pero si existen, si son indestructibles, los tolera; transigiendo con dignidad, saca de las situaciones difíciles el mejor partido posible, y procura hermanar los principios de eterna justicia con las miras de conveniencia pública.»

IV.

En el rápido juicio que acabo de hacer de los dos caminos que pueden intentarse para la rehabilitacion de la influencia religiosa en el régimen y gobierno de los pueblos, acaba de verse que toda clase de razones inclinan resueltamente hácia la aceptacion de los medios y formas de los tiempos modernos, sin desconocer por eso sus inconvenientes y peligros. Sé que este punto de vista será calificado desde luego de *católico-liberal*; y como no ignoro las prevenciones y riesgos á que dá márgen esta calificacion, como conozco las discusiones empeñadísimas á que ha dado y está actualmente dando lugar, como acerca de este punto ha hablado el Soberano Pon-

tífice, supremo maestro de la doctrina católica, debo ocuparme de esta cuestión; y voy á tratarla de frente, sin ocultar ninguna dificultad, sin callar ningun documento, porque tengo la íntima convicción de que la más completa sumisión á las enseñanzas de la Iglesia y á las palabras de su augusto jefe, no son en modo alguno obstáculo para que se acepten y defiendan las teorías meramente políticas que acabo de sentar, que en nada contradicen ni se oponen á tan respetables enseñanzas.

Ante todo, hay que distinguir la *tésis* de la *hipótesis*. La *tésis* la constituyen los principios, las teorías: la *hipótesis* los hechos, el estado accidental, las circunstancias, lo mudable y transitorio: la primera es lo que en estricto derecho y en especulación abstracta *debe ser*; la segunda, lo posible, lo ha-cedero, *lo que es*. La tésis no puede estar subordinada á la hipótesis; será verdad eternamente, suceda lo que suceda en el mundo, y en ella se encarnarán siempre, la aspiracion suprema, el dogma inmutable: la hipótesis es un medio de ele-varse hácia la tésis, el punto de partida; y será tanto más perfecta, cuanto más se aproxime á la pura, á la fundamental teoría.

Ahora bien; la tésis, ni para mí, ni para ningun católico, es variable ni dudosos sus términos. Creemos en un Dios, único, personal, creador y providente, que de la nada hizo al mundo por su libre voluntad; creemos que la Iglesia fué establecida por Jesucristo, Dios y hombre, y que á ella, constantemente asistida por la proteccion divina, compete la custodia y enseñanza del dogma y de la moral; creemos que toda autoridad viene de Dios, en cuanto á la esencia del poder mismo; creemos que los hechos, aunque sean triunfantes, no menoscaban las eternas nociones de justicia; creemos que es diferente tener *facultad, potencia ó medios* de hacer alguna cosa, á tener *derecho* á realizarla, y en este sentido decimos que el mal no tiene derechos, que sólo corresponden al bien; y creemos que es obligatorio el conocer, profesar y respetar la única religion verdadera, que es absurda la doctrina que pretende separar por completo la sociedad civil de la religion,

porque la sociedad, como el individuo, deben acatar la voz de la verdad, y que es deber de los poderes seculares defenderla; y creemos, por último, que el matrimonio es santo, la propiedad sagrada, y el alma imperecedera é inmortal. Esta es la *té-sis*, á la que todos los católicos prestamos fervoroso acatamiento; y si la sociedad estuviera en estado de recibir la forma que se la quisiera imprimir, ni un momento habria que vacilar en ajustar leyes, gobiernos, instituciones y costumbres á los preceptos de la pura teoría. Pero los hechos sociales, *la hipótesis*, contrarian esa abstracta é inflexible aplicación de los principios; y como no hay medio de hacer desaparecer bruscamente hechos poderosos, no hay más recurso que acomodarse á ellos, vivir á su lado, procurar encaminarlos en la buena dirección, y utilizar todos los elementos de propaganda y de influencia que ellos mismos presenten, para luchar en defensa de los principios de justicia; y si no se adopta este sistema, resignarse al alejamiento más absoluto, á la más completa impotencia, y dejar que pasen los sucesos y se acumulen las catástrofes, acariciando un ideal que no ha de llegar jamás si no se ponen para ello los medios adecuados.

Sostener esto, ¿es ser católico-liberal? Sabido es lo que esta palabra ha suscitado de polémicas, de discordias, de perturbaciones morales, y que hasta ha sido objeto de manifestaciones augustas del Romano Pontífice; forzoso es, ante todo, distinguir bien su significado. Si por catolicismo liberal se entiende llevar al terreno de las creencias católicas el espíritu de exámen, de independencia, hasta de rebeldía del liberalismo, entónces nó, jamás, de ningún modo puede aceptarse su significado: dado este supuesto, rechazo por mi parte ese apellido: no soy católico-liberal: no puedo serlo, creyendo como creo cuanto enseña la Iglesia, todos sus dogmas, desde el Símbolo de los Apóstoles hasta la infalibilidad pontificia inclusive; ante sus declaraciones bajo, y espero en Dios bajar siempre la cabeza. Pero creer que no es posible resucitar formas y organismos sociales de otras épocas, que para el bien de la Iglesia y la influencia de la religion no estorban las modernas instituciones políticas, ó que pueden lo-

grarse á pesar de ellas, y amarlas como convenientes en estos tiempos; el ser católico en religion, y aceptar las formas y los sistemas que se llaman liberales en política, haciendo la debida separacion entre dos palabras que no deben ir solidariamente unidas porque representan órdenes de ideas diversos, eso ni se opone al dogma, ni contraria la *tésis*, ni lo rechaza la Iglesia, ni ha sido condenado por la Santa Sede.

La son indiferentes á la Iglesia las formas de gobierno; con todas ellas se aviene, bajo el imperio de todas ellas vive, y sólo cuida de sacar á salvo los principios esenciales. Ha visto á su alrededor en las naciones modernas rota la unidad religiosa, despreciadas antiguas concordias, ultrajados sus derechos; por ellos ha clamado y clama sin cesar, pero no se inmiscua en la clase de gobierno por que se rigen los diversos grupos de la grey cristiana. Y por cierto que en la série lastimosa de persecuciones que hoy la afligen, mucho más tiene que llorar por actos de poderes arbitrarios y concentrados, que por los de pueblos verdaderamente libres; hoy padece por la tiranía del gobierno ruso en Polonia, y por la obcecada é insensata saña del imperio aleman; pero respetada, libre y tranquila se encuentra en Inglaterra, en Bélgica y en los Estados- Unidos.

Sueño imposible es querer contrariar de pronto y por la fuerza el conjunto de hechos que han trasformado el mundo: ya lo hé repetido en el curso de este trabajo; la política siempre debe ser hija de la prudencia. Así lo sostienen autores de gran nota, de acendrado catolicismo; y no ha dicho más el mismo Romano Pontífice, de cuyas venerables palabras me ocuparé en seguida. Veamos ántes qué dicen respetables autoridades católicas.

Balmes, en la obra y capítulo que ántes tuve ocasion de citar, se expresa así: «Casos hay en que un hecho consumado á pesar de toda su injusticia, de toda su inmoralidad y negrura, adquiere no obstante tal fuerza, que el no querer reconocerle, el empeñarse en destruirle, acarrea una cadena de perturbaciones y trastornos, y quizás sin ningun fruto. Todo gobierno está obligado á respetar la justicia y hacer que los

súbditos la respeten; pero no debe empeñarse en mandar lo que no sería obedecido, no teniendo medios para hacer triunfar su voluntad... Y es menester advertir, que la imposibilidad en este caso no es necesario que sea física; basta que sea moral. Así, áun cuando el gobierno contase con medios materiales suficientes para ejecutar la reparacion, si previese que el emplearlos habia de traer graves compromisos al Estado, poniendo en peligro la tranquilidad pública, ó esparciendo para más adelante semillas de trastornos, existiria la imposibilidad moral; porque el orden y los intereses públicos son objetos que reclaman preferencia, pues que son los primordiales de todo gobierno; y por tanto, lo que no se puede hacer sin que ellos peligren, debe ser mirado como imposible.»

El P. Taparelli, en su admirable y clásico *Ensayo teórico de Derecho natural*, números 889 y 890, dice como sigue: « Si en algun cataclismo ó en algun letargo político ocurriese en la religion tal desercion, que gran parte de la sociedad se sustrajese á todo vínculo religioso, podria ser prudente y á veces obligatoria la tolerancia *política*... Con todo, en tales casos la prudencia misma que aconsejase tolerancia, deberia sugerir á la autoridad otros medios con que ir recobrando suavemente el inestimable bien de la unidad religiosa... Siendo estas verdades (las reveladas) un bien inestimable en sí mismas, como garantía de los intereses temporales, y por consiguiente como vínculo social, claro está que una sociedad que las haya abrazado y las posea, debe procurar á toda costa conservarlas, y por consiguiente castigar á quien las combata, como á reo de lesa sociedad. Pero si á despecho de todos los esfuerzos sociales, esas verdades llegaran á extinguirse por obra del sofisma en alguna grave porcion de los asociados, como quiera que la fuerza sería inconducente para reducirlos, convendrá tolerar sus errores, bien que haciendo todo lo posible, no sólo para preservar de perversion á los no corrompidos, sino tambien para ver de reducir suavemente á los pervertidos mismos.»

El P. Zeferino Gonzalez, honor de la España moderna y lumbrera de la Orden de Santo Domingo, en su *Filosofía*

elemental, libro VII, sección 2.^a, capítulo III, refiriéndose lo mismo que Taparelli nada ménos que al más grave de los hechos sociales que pueden presentarse contra los principios esenciales, ó sea á la libertad de cultos, dice así: «Es falsa la doctrina que considera esta libertad como buena por sí misma, y como un derecho, al cual los representantes ó depositarios del poder público no pueden oponerse en circunstancias normales y generales. Esto no obstante, cuando esta libertad ya se halla establecida, consolidada y como encarnada en las leyes y costumbres de una sociedad, no solamente se puede, sino que se debe *tolerar* para evitar mayores males, ó mientras no sea posible restablecer la unidad religiosa sin peligro ni trastornos graves.»

Hé aquí en estos tres pasajes perfectamente deslindadas la tésis y la hipótesis, los principios y la fuerza de los hechos, las exigencias de la justicia y los consejos de la prudencia. Si segun el unánime sentir de estos tres autores deben los gobiernos tolerar lo que no pueden razonablemente impedir, si les recomiendan que atraigan y no repelan, que convenzan y no que opriman, claro es que este sistema de atraccion, de persuasion, de tolerancia en el terreno político, puede ser defendido como conveniente, como prudente, como bueno; y que dejando á salvo el culto á los principios, puede y debe entrarse en las condiciones de vida pública que presupone un régimen semejante.

Peró nada significan opiniones de autores ni citas de libros autorizados, al lado de las declaraciones del Romano Pontífice, supremo jerarca de la Iglesia católica: si de la Santa Sede ha partido la condenación de las teorías que expongo, pérdidas estarán sin remedio, digan lo que quieran otros textos. Si así fuera, no las sostendria ni un momento el que esto escribe; pero no es así por fortuna, y de ello voy á presentar en el acto la prueba concluyente.

De las muchas Encíclicas, Alocuciones consistoriales, Letras apostólicas y Breves de Su Santidad que pudiera citar de entre los que se han ocupado de condenar los errores modernos en lo que se refiere á teorías sociales y políticas, voy tan sólo

á utilizar algunos, que son más que suficientes para mi objeto; y excútese lo prolijo de las citas, por mi propósito de dejar de una vez esclarecida esta cuestion.

En 10 de Junio de 1851, el Papa, por las Letras apostólicas *Multiplices inter*, condenó el error de los que, á pesar de llamarse católicos, niegan «que haya en la Iglesia poder para definir dogmáticamente que la religion de la Iglesia católica es únicamente la verdadera religion, y enseñan que cada cual es libre de abrazar la que guiado por la luz de la razon juzgue verdadera,» y anatematizó asimismo otros errores relativos al matrimonio, al celibato eclesiástico, á la inmunidad eclesiástica, al ejercicio del ministerio pastoral de los obispos, á la supremacía de la Santa Sede y el referente á «sustraer á los reyes y demás príncipes, que por el bautismo fueron hechos miembros de la Iglesia, de la jurisdiccion de la misma, como si fueran reyes paganos, y como si en las cosas espirituales y eclesiásticas no fueran los príncipes cristianos hijos y súbditos de la Iglesia: aún más; confundiendo monstruosamente las cosas celestiales con las terrenas, las sagradas con las profanas, las elevadas con las bajas, no teme enseñar que en el juicio sobre las cuestiones de jurisdiccion, el poder terreno es superior á la Iglesia, que es la columna y firmamento de la verdad.»

En la Alocucion *Acerbissimum vobiscum*, pronunciada en el Consistorio secreto del dia 27 de Setiembre de 1852, el Santo Padre, al condenar los excesos del gobierno de Nueva-Granada, encarece la necesidad de que quedaran sin efecto las leyes por las que se proponia conceder la pública libertad de cultos, y de que se respetaran los derechos y libertad de la Iglesia: y se condenan los propósitos de separarla del Estado como así los errores referentes al matrimonio y al ejercicio de la jurisdiccion eclesiástica.

En el Consistorio secreto de 9 de Junio de 1862 pronunció Su Santidad la Alocucion *Maxima quidem*, censurando enérgicamente aquella raza de hombres «por quienes es destruida enteramente la necesaria cohesion que por la voluntad de Dios existe entre uno y otro orden natural y sobrenatural, y

que por los mismos es mudada de todo punto, trastornada y destruida la índole genuina de la divina revelacion, la autoridad, constitucion y potestad de la Iglesia. Y avanzan en la temeridad de sus opiniones hasta el extremo de no temer negar osadamente que *toda verdad, toda ley, potestad y derecho son de origen divino*. No se avergüenzan en asegurar que la ciencia de la filosofia y de la moral, así como las leyes civiles, *pueden y deben apartarse de la divina revelacion y de la autoridad de la Iglesia*: que la Iglesia no es una sociedad verdadera, perfecta y completamente libre, ni goza de sus derechos propios y permanentes, concedidos por su Divino Fundador, sino que pertenece á la potestad civil *definir cuáles son los derechos de la Iglesia* y los límites dentro de los cuales puede hacer uso de ellos. De aquí es que perversamente sientan que la potestad civil puede mezclarse en las cosas concernientes á la Religion, á las costumbres, al régimen espiritual, é impedir tambien que los prelados y los pueblos fieles comuniquen mútua y libremente con el Romano Pontífice, divinamente constituido Pastor supremo de toda la Iglesia... No temen tampoco proclamar con toda falacia y engaño, que los ministros sagrados y el Romano Pontífice deben ser excluidos enteramente de todos los derechos y de todo dominio de las cosas temporales... y que en ninguna manera *es necesario que las leyes humanas se conformen con el derecho natural*, ó reciban de Dios la fuerza obligatoria... Nada decimos de esa hipocresía odiosa con que aseguran que quieren goce la Iglesia de libertad, al paso que con audacia sacrílega pisotean más y más cada dia sus leyes y sus derechos.»

Acaba de verse que en estas tres solemnes declaraciones de la Santa Sede, no se hace más que defender los principios fundamentales, las doctrinas esenciales: y como unos y otras constituyen precisamente la *tésis* que sustentó, puedo afirmar con seguridad que los modernos sistemas políticos, como *medios y formas* de defender esos mismos principios, nada tienen que ver con las censuras y declaraciones Pontificias. De estos tres documentos están tomadas las proposiciones 15, 55 y 58 del *Syllabus* promulgado con la Encíclica *Quanta cura* en 8

de Diciembre de 1864, y que tantos dislates é impiedades ha hecho decir á los adversarios del catolicismo. De todas las proposiciones contenidas en el *Syllabus*, la más atacada y repugnada por los incrédulos, y la que ha suscitado alguna alarma áun entre los creyentes tibios, ha sido la 80, que condena como error, que «el Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo, y con la moderna civilizacion.» La mala fé y la ignorancia de una parte, y la tibieza de muchos católicos de otra, han querido deducir de estas palabras que la Iglesia condenaba todo progreso, toda libertad y toda civilizacion: en vano ha sido que el sabio obispo de Orleans diera la verdadera inteligencia de estas frases, demostrando que lo que la Santa Sede rechazaba era lo impuro, lo torcido, lo vicioso, lo inmoral, lo anticristiano de la civilizacion, de la libertad y del progreso: en vano tambien que el periódico más adicto á la Sede Apostólica, la *Civitta Cattolica*, que podria ser calificado de órgano oficial en la prensa del Pontificado si éste los tuviera ó los necesitara, declarase que las libertades modernas, consideradas como instituciones apropiadas al régimen y necesidades de cada pueblo, podian y debian ser defendidas; no por eso ha cesado la gárrula vocería de todos los matices de la incredulidad que han seguido sosteniendo impávidos que el catolicismo sólo podia vivir entre tinieblas y despotismo. Para entendimientos voluntariamente cerrados á la verdad son inútiles los argumentos: no para ellos, sino para los católicos ó para los incrédulos de buena fé me ocupo de estas cuestiones; y para poner en claro lo que aquella proposicion significa, lo más expedito es examinar la fuente de donde está extraida, que es la alocucion *Jamdudum cernimus*, de 18 de Marzo de 1861.

De buena gana la insertaria íntegra, si no fuera por no dar sobrada extension á este trabajo; pero ya que esto no sea posible, reproduciré sus párrafos más importantes. Dice así el Santo Padre: «Al paso que *esta* civilizacion moderna favorece todos los cultos no católicos; al paso que abre la entrada de los cargos públicos á los mismos infieles, y cierra las escue-

las católicas á sus hijos, se ensaña contra las comunidades religiosas, contra los institutos fundados para dirigir las escuelas católicas, contra un gran número de personas eclesiásticas de todas categorías, siquiera estén revestidas de las más altas dignidades, muchas de las cuales arrastran miserablemente su vida en el destierro ó en las cárceles, y áun contra distinguidos legos, que adictos á Nos y á esta Santa Sede, denodadamente han defendido la causa de la Religion y de la justicia. Al paso que *esta* civilizacion auxilia á las instituciones y á las personas no católicas, despoja á la Iglesia católica de sus posesiones más legítimas, y emplea todos sus esfuerzos en disminuir la autoridad saludable de la Iglesia. Al paso, finalmente, que deja entera libertad á todos los discursos y escritos que atacan á la Iglesia y á todos los que la son adictos de corazon, al paso que excita, nutre y fomenta la licencia, muéstrase reservada y poco solícita en reprimir los ataques, muchas veces violentos, dirigidos contra los que publican obras excelentes, y castiga con toda severidad á los autores de estas obras, cuando, siquiera sea levemente, parece que traspasan los límites de la moderacion. ¿Y podria el Romano Pontífice tender una mano amiga á *este género de civilizacion*, y celebrar con ella una cordial union y alianza? Llámese á cada cosa por su nombre, y constará siempre á esta Santa Sede. Ella, en efecto, fué constantemente la protectora y sostenedora de la verdadera civilizacion: los monumentos de la historia elocuentemente atestiguan y comprueban que en todos los siglos la Santa Sede ha sido quien ha hecho penetrar en los países más lejanos y más bárbaros del universo las verdaderas humanidad, disciplina y sabiduría. *Pero si con el nombre de civilizacion quiere entenderse un sistema inventado precisamente para debilitar, y quizás tambien para acabar con la Iglesia de Cristo, jamás podrán conformarse con semejante civilizacion la Santa Sede y el Romano Pontífice.* ¿Qué participacion, como sapientísimamente dice el Apóstol, puede tener la justicia con la iniquidad, ó qué union puede haber entre la luz y las tinieblas? ¿Qué convenio entre Cristo y Belial?» Y más adelante prosigue: «No puede obje-

tarse que esta Sede apostólica haya tenido cerrados los oídos en lo concerniente al principado civil y á las peticiones de los que manifestaron deseos de un régimen más libre. Luégo que Italia obtuvo de sus legítimos príncipes constituciones más libres; Nos, animado de paternales sentimientos, deseamos que nuestros hijos sometidos á nuestro dominio tomaran parte con Nos en la administracion civil, hicimos las oportunas concesiones, conformándolas, sin embargo, con las reglas de la prudencia... ¿Y qué es lo que ha resultado? Una licencia desenfrenada se apoderó de nuestras concesiones inofensivas...»

Entiendo que los párrafos transcritos son el más autorizado comentario de la célebre proposicion del *Syllabus* y que excusan explicaciones detalladas: lo que la moderna civilizacion y el actual progreso tienen de injusto, de anticristiano, eso, y nada más que eso, es lo que condena la Sede Apostólica; pero lo que las instituciones modernas tienen de justo, de verdaderamente liberal y de prudente, ¿cómo ha de condenarlas el Papa que recuerda de intento la época en que concedió libertades á sus súbditos, por más que deplora la desenfrenada licencia que las desnaturalizó á poco? Si en sí, por su esencia fueran malas, ¿las hubiera concedido nunca el Romano Pontífice? Esa civilizacion que la Encíclica pinta con tan vivos y elocuentes colores, no puede aceptarla jamás como buena en el terreno doctrinal el Jefe supremo de la Iglesia: principios subversivos y actos de violencia, han de caer necesariamente bajo los anatemas eclesiásticos: pero no es esto lo que sostengo; lo que defiendo es que las nociones fundamentales se sostengan siempre, procurando que esa civilizacion extraviada vuelva á las buenas vías, utilizando los medios que hoy la sociedad ofrece para la defensa del bien.

De más reciente fecha, aunque no tan solemnes, son otras declaraciones Pontificias, directamente encaminadas á tratar la cuestion de que me ocupo, y de que con la posible brevedad voy á dar cuenta sin omitir una sola palabra importante, porque pretendo que, sea el que fuere el juicio que se forme de las opiniones que sustentó, no se me niegue la justicia de

reconocer que las sostengo con la más completa buena fé. En los seis Breves Pontificios de que voy á hacer mérito, se verá siempre lo mismo que se ha visto en las Alocuciones y Encíclicas que acabo de recordar; esto es, la condenacion de doctrinas que contrarían las inmutables verdades que la Iglesia enseña, pero ni una sola palabra que siquiera censure los sistemas políticos que fundados en la más ó ménos lata intervencion de los ciudadanos en el gobierno, forman la regla general en el derecho público moderno.

En 10 de Febrero de 1873 dirigió Su Santidad un Breve á los miembros de la Asociacion católica de Maguncia, en el que se leen las siguientes palabras: «... vuestra asociacion no podria en estos momentos alcanzar su objeto, que consiste en defender la doctrina y los derechos de la Iglesia así como el libre ejercicio de estos derechos en todo el dominio de la vida pública, si no salváseis el estrecho límite de las cosas santas, á fin de oponeros *por todos los medios que os procura la constitucion*, á la dominacion de la arbitrariedad y de esa multitud de leyes injustas dirigidas contra la Iglesia. En efecto; cuando todos los derechos de la autoridad eclesiástica son hollados, cuando la libertad del ejercicio del santo ministerio se halla limitada, cuando se cierra la boca al sacerdote, si el pueblo católico, fuerte en su derecho sagrado, no se levanta por entero para proteger su religion, no habrá ya nadie que sea bastante poderoso para poder resistir eficazmente, *en el terreno de la legalidad*, á los adversarios de la Iglesia y para defenderla contra la arbitrariedad. Esta situacion, por lo muy lamentable, debia bastar por sí sola á desvanecer la detestable ilusion, tantas veces reprobada y condenada, *de que el poder civil sea el origen de todo derecho*, y por consiguiente, hasta la misma Iglesia sometida á la omnipotencia del Estado... Así es que hemos sabido con dolor que este error pernicioso, no tan sólo lo defienden hoy dia hombres extraños á la Iglesia, sino que tambien lo aceptan algunos católicos.»

Véase cómo este Breve habla de la defensa de la Iglesia por los medios legales que reconoce la constitucion civil, sin

oponerse á su empleo, ántes al contrario, estimulándolo, y que la condenacion se refiere únicamente á las falsas teorías sobre el origen y naturaleza de la potestad eclesiástica.

En otro Breve, de 6 de Marzo del mismo año, dirigido al Círculo de San Ambrosio de Milan, se dice: «Sí; desgraciadamente existen algunos que, proponiéndose al parecer ir de acuerdo con nuestros enemigos, se esfuerzan en contraer alianzas entre la luz y las tinieblas, entre la justicia y la iniquidad, por medio de esas doctrinas llamadas católico-liberales, que apoyándose sobre perniciosos principios *apruueban los actos del poder láico cuando invade la esfera espiritual*, y aconsejan el respeto, ó á lo ménos la tolerancia, respecto á leyes que rebosan iniquidad, olvidándose por completo de que está escrito que nadie puede servir á dos señores... Observad cómo no pueden ocultar su despecho contra todo acto que prevenga una obediencia inmediata, entera, absoluta, á los decretos y advertencias de la Santa Sede; cómo al hablar de ella la califican desdeñosamente de Curia Romana; cómo acusan todos sus actos de imprudentes é inoportunos; cómo llaman ultramontanos y jesuitas á los más celosos y obedientes hijos de la Iglesia; cómo, en fin, hinchados de orgullo y vanidad, se consideran más sabios que la Iglesia, á la que fué prometida una especial, divina y eterna asistencia.» ¿Pueden, por ventura, aplicarse estas censuras á los que fieles y sumisos á los preceptos de la Iglesia y á la voz del Romano Pontífice en todo y por todo, sólo aceptan las formas de gobierno como medios para servirla y defenderla? Creo que no puede ni siquiera dudarse, vistas las terminantes declaraciones del Breve transcrito.

Otro dirigió el Santo Padre en 8 de Mayo del propio año á la Federacion de los círculos católicos de Bélgica, en el cual, refiriéndose á los principios católico-liberales, se dice: «Los que profesan estos principios, es cierto que hacen gala de amor y respeto á la Iglesia, y que consagran al parecer á la defensa de la misma cuanto valen y poseen: sin embargo, desgraciadamente *no trabajan ménos en pervertir el espíritu y doctrina de la misma Iglesia*, y cada uno de ellos, siguiendo

la índole especial de su carácter, ya ofrece sus servicios á la majestad de un César, ó bien *se alistó en las filas de los fecundos inventores de falsas libertades...* como si fuera posible la coexistencia de la luz con las tinieblas, y como si la verdad pudiese persistir siendo tal, en el momento en que se la violenta desviándola de su verdadera significacion y despojándola de aquella fijeza que es inherente á su propia naturaleza... Ciertamente *no sois vosotros los que necesitáis estas advertencias, vosotros que habeis estado siempre sumisos á las enseñanzas de la Santa Sede apostólica; vosotros que habeis visto condenar tantas veces los principios liberales.*» En el de 9 de Junio siguiente, al Comité católico de Orleans, dice el Papa: «Pero si bien es cierto que debeis sostener la lucha contra la impiedad, no lo es ménos que no debeis temer tanto quizás de esta parte, como de la que os presentará un grupo amigo compuesto de hombres imbuidos en aquella doctrina equívoca que al propio tiempo que rechaza las consecuencias extremas de los errores, sostiene y alimenta obstinadamente el primer gérmen, y *que no queriendo aceptar la verdad por entero, ni tampoco rechazarla enteramente, se esfuerza en interpretar los mandamientos de la Iglesia de modo que se armonicen en cierta manera con sus propios sentimientos.* Porque hay todavía hoy personas que aceptan las verdades recientemente definidas *tan sólo por un puro esfuerzo de voluntad, y esto para evitar que se les acuse de cismáticos y para engañar su propia conciencia.*»

Por último, en otro Breve de 28 de Julio, dirigido al obispo de Quimper, se consigna lo que sigue: «Ciertamente los enemigos de la Iglesia y de la Cátedra de Pedro, no podrán nunca, por más esfuerzos que hagan, alejarlos de Nos, ántes bien serán combatidos crudamente por ellos; pero lo que nunca conseguirá un error manifiesto, es posible que llegue á alcanzarlo esa corriente de opiniones llamadas *liberales*, admitidas por muchos católicos, por otra parte honrados y piadosos, cuya religion y autoridad sirven de cebo para atraer á los incautos hácia sus opiniones perniciosas... Si los asociados evitan cuidadosamente el caer en estos lazos... ciertamente

que prestarán un gran servicio á la religion y á la patria. Y conseguirán este fin, si, persistiendo en esta resolucion, *no se dejan arrastrar por otro viento de doctrina que por el que sale de esta cátedra de verdad.*» Y finalmente, por otro, de 21 de Mayo de 1874, dirigido á los redactores de un periódico de Bruselas, el Santo Padre, animándoles á proseguir sus trabajos, les dice: «Sin duda que la tarea que habeis emprendido es tan ruda como dificil, por cuanto esas doctrinas perniciosas, que abren el camino á todos los propósitos de la impiedad, están sostenidas en este momento con grande empeño por cuantos se jactan de favorecer el *pretendido progreso* de la civilizacion, y por todos aquellos *que, haciendo consistir la religion en los actos exteriores, careciendo de su verdadero espíritu*, hablan siempre, y en alta voz, de paz, ignorando como ignoran la senda que á ella conduce, atrayendo así por este proceder, al número considerable de hombres á quienes conduce el amor egoista del reposo.»

De todos estos Breves, Alocuciones, Letras apostólicas y demás documentos que van examinados, se deduce evidente, indudablemente, la condenacion del sistema que eleva á principios errores esenciales en cuanto á la mision y autoridad de la Iglesia, y á los conceptos de autoridad, de derecho y de libertad. El catolicismo-liberal en cuanto suponga ese conjunto de doctrinas erróneas, está definitivamente condenado; pero á salvo quedan de las censuras eclesiásticas las formas de gobierno, para las que la Iglesia se muestra indiferente, y libres son los católicos de preferir la que más convenga á los hábitos, tradiciones y naturaleza de su patria, y á las exigencias siempre variadas de los tiempos, con tal que, bajo cualquiera que sea la en que vivan, dediquen todas sus fuerzas á la defensa de los intereses y derechos del catolicismo. Creo firmemente que este terreno es libre para las opiniones de los católicos; con el mejor deseo, y apoyándome en numerosas autoridades, he emitido estas opiniones; pero dispuesto estoy á aceptar y acatar la censura que de ellas haga la autoridad eclesiástica, á la que desde luego y previamente me someto.

No hay que dejarse dominar *por el amor egoísta del reposo*, como dice el último de los Breves citados; ántes por el contrario, importa trabajar más que nunca por todos los medios y por todas las vías legales para acelerar el triunfo de la Iglesia. Sólo una incansable actividad podrá contrarestar los gigantescos esfuerzos que en estos supremos instantes hace la impiedad; y para alentarnos, tenemos á la vista la prodigiosa expansion del sentimiento religioso, prenda de próximo y seguro triunfo. Firmemente creo que, no muy tarde, ha de llegar el día en que desvanecidas injustas prevenciones, confundidos torpes errores y sometidas indebidas resistencias, vengan todas las fuerzas, todas las ideas y todas las corrientes de la civilizacion, sumisas y contentas, á postrarse de hinojos ante el sucesor de San Pedro, para recibir de sus manos venerables, en nombre de Dios omnipotente, la bendicion de sus trabajos y el perdon de sus culpas. Bello espectáculo será para las generaciones que tengan la dicha de contemplarlo, y sólo comparable en grandeza con aquel momento solemne en que Carlomagno y Pipino, seguidos por 100.000 soldados y escoltados por inmensa muchedumbre de pueblos y naciones, se postraron á los piés de Leon III, que los bendijo conmovido entonando el cántico «Gloria á Dios en las alturas; paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Ese día, terminada por completo la era revolucionaria, podrá decirse con verdad que se ha inaugurado la edad moderna.

ISIDRO AUTRAN.

ADVERTENCIA.— Por la extension del artículo doctrinal precedente, no se insertan otros en este cuaderno.

SECCION HISTÓRICA.

VALENCIA.

Observaciones sobre la historia de este país (1).

HISTORIA ANTIGUA.

VALENCIA ÁNTES DE ANÍBAL.

VIII.

Ya codiciaba Cartago^a la Sicilia, en donde tenia algunas colonias, cuando por los años 480 ántes de Jesucristo, Jerjes, hijo de Darío, que se dirigió contra la Grecia con aquel ejército que los historiadores hicieron subir á tres millones de combatientes (lo que Napoleon I, cual si hubiera leído á Luis Vives, rehusaba creer), celebró un tratado con Cartago para que ésta, invadiendo la Sicilia, estorbase que los griegos de las colonias llevasen sus tropas en auxilio de la patria. Himilcar en consecuencia se dirigió allá con un ejército, dicen de trescientos mil hombres, con el que sitió á Himera. Gelon que imperaba en Siracusa y cuyas tropas ibanse á embarcar efectivamente para la Grecia cuando se le presentaron pidiendo favor y ayuda los emisarios de Himera, se propone y lo consigue engañar á Himilcar, y no sólo destroza á los cartagineses é incendia sus naves, sino que el mismo Himilcar muere asesinado en su campamento. Cartago tiene que pedir la paz, aceptando las más duras condiciones impuestas por Gelon (que áun cuando le llamaron tirano nada tiene de tal en sus procederés), siendo la primera de ellas que los

(1) Véanse los números anteriores.

cartagineses habian de abolir en honor á la humanidad y al derecho de gentes (si es que existia ya éste), sus sacrificios de víctimas humanas.

La aristocracia de Cartago, aunque republicana mercantil, tenia más de soberbia, rencorosa y avarienta, que de noble y olvidadiza, y la venganza, aunque tardó ochenta años, habia de ser horrible, hasta de narrar. La ocasion se les rodeó de esta manera. Las principales ciudades griegas de Sicilia habian rechazado en buena liga una invasion de los Atenien-ses que, á pesar de su mucha fuerza y valentia, fueron derrotados ante Siracusa, y tuvieron que volver las proas hácia la Grecia de do vinieran. Algunas de las colonias de Sicilia habian tenido en un principio el mal acuerdo de aliarse con los invasores, quedando despues expuestas á los furores del vencedor; y una de esas ciudades fué Segesto, que envió á pedir socorro y proteccion á Cartago. Marcha allá un pujante ejército á las órdenes de un Annibal nieto, sediento de venganza, del infortunado Himilcar. Desembarca y pone su sitio á Himera. La combate, la estrecha y la obliga á rendirse por el hambre. Apresa 3.000 prisioneros flacos y estenuados y, sometiéndolos á los más inauditos tormentos, los hace degollar, á todos, en el mismo sitio en que habia sido inmolado su abuelo por los soldados de Gelon. Nunca se borró ya en la memoria de los hombres el horror de tanta inhumanidad: ni este Annibal gozó mucho tiempo de su triunfo, pues ántes de cumplir el año fué derrotado por Hermócrates. Pocos despues, otra expedicion no ménos formidable á las órdenes de Himilcon reproduce en Agrigente la catástrofe de Himera. Tras ocho meses de sitio, los habitantes tienen que escapar y abandonar la ciudad: sólo quedan en ella enfermos, ancianos, niños; pero todos sin excepcion son pasados á cuchillo: la ciudad es horriblemente saqueada, y Cartago se llenó de objetos de arte con que el general depredador quiso obsequiar á sus amigos. Dionisio *el Anciano*, bajo cuyo mando en Siracusa habia sucumbido Agrigente, implora y obtiene la paz, que otorga Cartago, porque aquél no repara en condiciones, abrigando el secreto designio de usar de perfidia con-

tra perfidia. Hace en efecto y en secreto inmensos preparativos, aún con toda cautela el odio de la isla toda contra Cartago, y dada, cuando creyó el momento oportuno, la señal, no quedó con vida en Sicilia un solo cartaginés. ¡Qué bellas civilizaciones!

Rugió el África, y otro de aquellos terribles ejércitos en que siempre entraban en gran número los estipendiarios celtíberos, marcha á Sicilia á las órdenes del mismo Himilcon que habia saqueado á Agrigente. Desembarca, é impetuoso todo lo arrolla. Cuantos pueblos y trincheras habia recobrado Dionisio, van cayendo en su poder. El terror le precede y queda sembrado por donde pasa, sin que nada ponga límites á sus crueldades. Dionisio y sus tropas fugitivas se encierran en Siracusa, y desde sus muros contemplan con espanto que la furia sacrílega del sitiador no respeta, sino profana los templos y los sepulcros que rodean á la ciudad, incluso el tan venerado de Gelon. Pero una peste horrible diezma su ejército, le enflaquece y le imposibilita para la resistencia. Los sitiados al ver ese auxilio de los dioses, salen con bravura de la ciudad, y no sólo destrozan todo lo más selecto del ejército sitiador, sino que victoria tras victoria, hasta las naves de Cartago fueron, unas llevadas á Siracusa y otras incendiadas sobre las aguas. Véase Himilcon humillado á pedir se le permita abandonar la isla, y se le concede á condicion de que no ha de llevar de los restos de su ejército más que á los habitantes de Cartago. En ésta, la desolacion es general á su llegada; y mientras Himilcon se encierra en su casa sin querer ver á nadie, ni aún á su mujer ni á sus hijos, concluyendo por suicidarse, toda Cartago siente pesar sobre sí la infamia de haber abandonado á sus más preciados soldados extranjeros, comprendiendo la sagaz política de Dionisio que, ambicionando para sí aquellos valerosos celtíberos-obligados de ese modo á aceptar un partido, habia sabido granjear aquel gran desprestigio á sus enemigos.

Hé aquí la escuela en que se iban formando los celtíberos bajo la direccion de los cartagineses y griegos, las lecciones

que les daban y la civilizacion que les infundian. Crueldades, barbarie, inmolaciones en masa de hombres que defendian valerosamente sus hogares, sus dioses y cuanto hay de más caro en la sociedad y la familia, la libertad de las personas y el pudor de las vírgenes; esos eran los ejemplos, los espectáculos y las heroicidades que á cada momento les hacian presenciar: la fuerza y la violencia sobrepuestas al derecho y á la justicia, y á toda clase de virtudes y nobles sentimientos del corazon, esa su suprema moral. Para ponerse á la altura de la civilizacion (ni más ni ménos que como se dice hoy para entrar en el concierto de las naciones) era preciso á los celtiberos acostumbrarse á despreciar la vida, arrostrar la muerte, convertir el corazon en bronce, y en piedra las entrañas, mirando con ojo enjuto degollar á millares de hombres como rebaños de carneros y retorcerse las manos y mesarse los cabellos á las desesperadas hijas y á las enfurecidas esposas. Tal fué la enseñanza que de tales maestros recibieron, y tal el mundo compuesto de cartagineses griegos y sicilianos que conocieron los celtiberos durante los siglos vi y v. Esa misma enseñanza continuó en el iv y en el iii; pero ya en éstos los sucesos presentan como una nueva faz, y el interés dramático (si tal frase se nos permite) de los acontecimientos contemporáneos en el exterior, aumenta para las nuevas generaciones hispano-peninsulares, ávidas de las emociones guerreras, que forman el temperamento de los héroes y de los esforzados. Porque Timoleon y Agatocles, cada uno por estilo muy diferente, no se parecen á ninguno de sus predecesores por aquellos conocidos, ni entre los griegos ni entre los cartagineses.

Como tras la muerte de Dionisio *el Anciano* ocurriesen en Siracusa grandes y continuados desórdenes, que arrojaron del trono ó del poder á su hijo Dionisio *el Joven*, quien despues le recobró por la fuerza de las armas, y fiado en ella se dejó llevar á grandes crueldades y tremendos castigos; los cartagineses, queriendo aprovecharse de tales trastornos y divisiones, enviaron allá una grande armada á las órdenes de Magon. Era Siracusa una colonia de corintios, y al verse

en tal aprieto y no pudiéndose defender á un tiempo de Magon y de Dionisio, acuden en demanda de socorro á Corinto, que les envia un ejército de solos mil hombres, pero mandados por Timoleon, cuya prudencia y pericia valian por otros mil cual acreditado lo habia en su patria, por más que á la sazón viviera completamente apartado de los negocios. A la llegada de Timoleon, Dionisio le entrega la ciudadela, lo cual visto por el Cartaginés que ocupaba ya el puerto y una parte de la ciudad, y temiendo ser envuelto, levó anclas y se retiró á Cartago. Y mientras Timoleon apaciguaba la Sicilia captándose en ella todas las voluntades, la soberbia de la púnica república manda procesar á Magon y envia en seguida una aún más numerosa armada, que desembarcó en Sicilia más de setenta mil hombres. Atácalos Timoleon con solos seis mil, pero muy aguerridos y disciplinados; los vence, se apodera de sus reales, y un botin inmenso es el fruto de aquella campaña. Timoleon despues continuó su empeño de pacificador y justiciero, los siracusanos le aclamaron repetidamente por amo y señor, y no lo quiso ser; si bien apreciando tantas demostraciones de afecto, se estableció con su mujer y sus hijos en aquella ciudad donde pasó el resto de su vida, ciego en los últimos años de ella. Esto era noble, era grande, y no se habia visto por aquellas regiones, si bien respondia á los antecedentes del personaje, pues hallándose en Grecia veinte años ántes de su ida á Sicilia, *jefe de la caballería* cuando la guerra de Corinto con los argivos, habia consentido en la muerte de su propio hermano, que habiéndose ganado la voluntad del ejército, quiso alzarse con el poder de la república. «Cuando sobrevenian asuntos importantes, dice Plutarco, acudian los siracusanos á Timoleon, y veíase al ciego atravesar la plaza pública en un carro tirado por dos caballos y dirigirse al teatro, donde entraba sentado en su carro. A su llegada todo el pueblo le saludaba como con una sola voz, unánime y aclamadora; devolvíales el saludo, y despues de otorgar algunos minutos á la expansion, las felicitaciones y las alabanzas, se discutia el asunto: daba él su parecer que el pueblo aprobaba siempre con su voto, y

despues... los ciudadanos le acompañaban hasta su casa con sus aclamaciones.»

Con lo ilustre y prudente de Timoleon hacia contraste veinte y cinco años despues el procaz atrevimiento de Agatocles. Hijo de un alfarero, vicioso y disoluto en sus mocedades, de simple soldado se elevó hasta general, y mezclándose en las revueltas é intrigas de las facciones, cuyas contiendas por lo general se dirimian en el campo de batalla, se apoderó del gobierno y autoridad suprema en Siracusa. Para sus medros, habia utilizado más de una vez el favor y partido cartaginés en Sicilia, lo cual no le detuvo en el poder para hacer la guerra á los cartagineses, que era entónces allí lo patriótico. Irritada Cartago, envia allá un ejercito que desembarca y se encamina á sitiar á Siracura. En vano busca Agatocles aliados; sus crueldades le habian dejado sin amigos: imposible defenderse contra fuerzas tan superiores; y en este apuro, ántes que rendirse á un enemigo implacable, concibe y ejecuta el más atrevido proyecto. Con gran sigilo, arma sus naves, embarca la mitad de sus tropas, y se hace secretamente á la vela:—¿hácia dónde?—sólo él lo sabe. Desembarca en África, y la alarma se extiende por todo su litoral. Arenga á sus gentes seduciendo su codicia con las inmensas riquezas que atesora Cartago; se apodera de Túnez, entónces insignificante aldea casi á las puertas de la capital; levanta ésta á toda prisa un cuerpo de ejército que oponerle, pero le ataca Agatocles, le destroza... y entre tanto llegados sus emisarios á Sicilia, se alientan los siracusanos, hacen á la media noche una impetuosa salida, sorprenden á los sitiadores, y cogen prisienero á su general, á quien hacen perecer en horrible suplicio... ¡Ah, qué audacia en la concepcion! ¡Qué plan tan digno de un aventajado capitan, y tan superior en la ejecucion á las facultades de un Agatocles! Este por querer hallarse allá y aquí, á un mismo tiempo, lo que hizo, pasando y repasando el mar, fué dejar ambas partes desatendidas. Su ejército de África perseguido y acosado por los cartagineses cayó en la desesperacion, se vengó en los hijos del mismo Agatocles y se entregó prisionero...

Estos pocos cuadros, ó más bien bocetos, tomados á la ligera de la historia de Cartago, y en que hemos tenido cuidado de guardar la sucesion cronológica de los hechos, bastan para persuadirnos, ó al ménos hacernos comprender, que la separacion marítima entre la España y el África, entre Cartago y la Celtiberia, fué progresivamente desapareciendo, porque la comunicacion entre ambas costas fué progresivamente aumentando, llegando á ser tan fácil y frecuente que constituyera, no como un puente, sino como muchos puentes de barcas entre ambos países. Porque tanto como resistimos toda ingerencia de los fenicios en nuestra península, y sobre todo en tiempos anteriores al siglo ix, tanto creemos que fué mucha, grande y activa la de los cartagineses, de aquel siglo en adelante. Tras esta imaginacion, que no tiene sino mucho de lógica y de natural, ¿qué esfuerzo se necesita, ni qué dificultad se puede hallar para representarnos promiscuamente en ambos litorales, á celtiberos y cartagineses ocupados á la par en unas mismas faenas, dedicados á unas mismas industrias, acomodándose, en general, á unas mismas costumbres, y participando, en las empresas contra Sicilia, de unos mismos peligros, unos mismos triunfos y unas mismas derrotas? Cádiz, Cartagena, Barcelona, aunque todavía no existieran, ¿podian ménos de ser ya puntos de notable concurso y contratacion, verdaderos mercados, destinados ya adivinativamente á convertirse más adelante en poblaciones ó ciudades importantes? Y si habia en Cartago dos principales partidos políticos que dividian á sus ciudadanos, llevándoles con frecuencia á la pasion y el encono en los asuntos de más importancia social, ¿acaso las gentes de origen griego, aunque ya naturalizadas en nuestras costas, sobre todo desde Dénia hasta Tarragona y Ampúrias y Rosas, podian dar su amistad y mirar con benevolencia á los audaces cartagineses, que nunca cesaban de organizar nuevas expediciones contra sus amigos y hermanos de Sicilia, mientras los pueblos de la Bética y de otras regiones buscaran la gloria en aquellas mismas guerras Sicilianas, y en estos viajes lejanos, esto es, á la Córcega á la Cerdeña, etc.?

Si se pescaba el atun por junto á Cádiz y el salpa por junto á Ibiza (1), si se beneficiaban mejor ó peor minas por Sierra Almagrera, si se practicaban las artes mecánicas, y la alfarería moraba ya en más de un paraje de la Edetania, y si por todas partes se comerciaba tanto y tanto con Cartago, ¿cómo se dirá que es imposible escribir la historia de las regiones marítimas de España en aquellos siglos? ¿Qué importa suponer que del África sólo conocian los celtiberos á Cartago, y que tampoco los cartagineses hubiesen explorado todavía gran cosa hácia el interior de la península, tratándose de historiar un país que como el de Valencia se halla precisamente en los mismos bordes del mar, y que no se extiende, por un lado ni hasta Cartagena, y por el otro apenas hasta las bocas del Ebro, entónces (y mucho despues) tan fangosas, á causa de las arcillas de aluvion que cogia y traía el rio de los terrenos por donde se abria el paso?... Detengámonos pues, y cortemos estas interrogaciones, que ya el lector nos comprende, y sabe formularse las, infinitas en número, que de los hechos culminantes se desprenden, y compaginarlas y entretrejerlas para llegar á formular la historia con todo rigorismo lógico y con toda propiedad y armonía de colorido. Es preciso, es indispensable registrar todavía mucho, y analizar todos los datos que se encuentran en tantos escritores antiguos, así geógrafos como historiadores, que dejamos citados en otro lugar, y que son como los colores y la paleta que á un pincel tan diestro como inteligente bastarian para pintar la historia en España y en aquellos siglos vi, v y iv, anteriores á nuestra Era. ¿Acaso los hechos y fenómenos sociales se producen, en el tiempo y en el espacio, aislados, incoherentes y sin trabazon ninguna entre los de un orden y los de otro? ¿No es la civilizacion trasparente como la gota de aceite, que al caer produce una mancha de color y contorno concentrados, y se va despues extendiendo

(1) Así se lee en Plinio, lib. ix, cap. xviii. Segun otros, SALPESA estaba en el Continente. Véanse los *Estudios sobre los bronceos encontrados en Málaga*, etc., por don Manuel Rodriguez Berlanga.

suavemente hasta que lo llenaria todo si no se secara, y que segun va perdiendo en color y en transparencia, va aumentando siempre en suavidad y en difusion?

IX.

No pretendemos, sin embargo, afirmar ni mucho ménos persuadir, que los españoles, en aquellos tiempos, llegaren á aficionarse á los cartagineses, ni que la mayor ó menor amistad entre unos y otros se viese existir nunca basada en el afecto y la simpatía. A pesar de cuanto acabamos de decir, ni á los cartagineses les llevó nunca hácia España otro sentimiento que el de la avaricia, la especulacion y el interés, ni los españoles aparece por ningun lado que intentasen, y si lo intentaron no lo consiguieron, dominar en sí mismos un sentimiento, como instintivo de repulsion hácia aquel pueblo, de quien, pues se le confunde con el fenicio, han pretendido ¡idea peregrina! sabios escritores, que habian recibido su primera civilizacion. Que en los tiempos ya próximos á la primera guerra púnica la comunicacion y trato entre españoles y cartagineses eran frecuentes, múltiples, incesantes, eso es cierto y así lo hemos reconocido; pero nada más: y seguramente que nada prueba tanto el origen jafético de las razas indígenas en España, que aquella antipatía mansa pero inextinguible hácia la raza semítica de que provenia Cartago. Por más que se repita que el comercio hace hermanas y amigas á las naciones, que el comercio labra la felicidad de los pueblos, y que al comercio han debido, en sus respetivas épocas, su engrandecimiento las naciones; es lo cierto que el comercio pone cuando ménos en competencia, y casi siempre en pugna, pronto degenerando en lucha abierta, los intereses encontrados de los pueblos: y así como en la atmósfera el choque, tal vez, entre dos electricidades encontradas produce el trueno, así el antagonismo en los intereses comerciales y pecuniarios de los pueblos fomentan la enemistad y la guerra. Por eso cuando la historia se haya estudiado mejor y se escriba, cual no se acostumbra, con

toda verdad, será muy fácil reconocer y probar, que más guerras y catástrofes nacionales han producido en el mundo los intereses insaciables de las clases mercantiles, que la ambición, áun desmedida, de los conquistadores, y la arrogancia del espíritu batallador en la especie humana.

El comercio para ser benéfico necesita basarse en la más estricta buena fé, y ésta los cartagineses nunca la practicaron. Mas dejando tales cuestiones para donde fueren más oportunas, lo que nos cumple consignar aquí es, que las relaciones comerciales de los cartagineses con los españoles nunca alcanzaron hasta las regiones centrales de la península; siempre se contuvieron en las costas del Mediterráneo; y todo lo que consiguieron en los cuatro siglos anteriores á la segunda guerra púnica fué ensanchar más ó ménos esa zona marítima, especialmente en la Andalucía y hácia la parte de Cádiz. Con los pueblos del interior y de la region septentrional, que los cartagineses, ántes de la segunda guerra púnica ni siquiera habian pisado, sus relaciones durante aquellos siglos fueron puramente militares y consistieron en la participacion que como estipendiarios tuvieron sus naturales en esas guerras y expediciones de los cartagineses en Sicilia que hemos bosquejado, pero respecto de la cual debemos para el conjunto de nuestro propósito, particularizar algo más; aunque sin profundizar, cual venimos haciendo, tales cuestiones, que para tratadas con detenimiento son magnas y requeririan volúmenes.

Afirma Diodoro de Sicilia (1), que para la guerra contra Gelon de Siracusa ó sea para la expedicion contra Sicilia en interés de Jerjes (481), levantaron los cartagineses tropas en España, para lo cual enviaron á la península gruesas sumas de dinero. De modo que ya formasen parte del primer ejército que llevó consigo el general de aquella empresa Himilcar y con el que puso sitio á Himera, ya fuesen con la flota de refuerzos que esperaba aquél y estaba á punto de llegar

(1) Libro xi, núm. 1.

cuando la astuta acometida de Gelon causó su derrota y su muerte, es indudable que ya en aquella fecha (y probablemente no sería la primera vez) nuestros celtíberos fueron léjos de su patria y hogares á pelear como bravos, y fiándose al imponente elemento que por entónces sublevaba Eolo y gobernaba Neptuno, con esos ó con distintos nombres. Si damos crédito á Mariana (1), tambien en la guerra que á seguida sostuvieron los cartagineses contra varios pueblos en África, se batieron los españoles por Cartago. Ni Justino ni Diodoro que hablan de esa guerra, hacen mencion de ello; pero no fuera aventurado afirmar, porque mil indicios lo revelan en los historiadores antiguos, que desde el principio del siglo v, á ninguna parte fueron á pelear los cartagineses, que no llevasen consigo soldados celtíberos, cuantos lograban estipendiar. No sabemos cuántos formaban en las filas de Annibal, nieto de Himilcar, cuando ochenta años despues de la muerte de éste, ejecutó ante la rendida Himera aquella hecatombe horrible de los 3.000 prisioneros degollados á sangrè fria; pero no sería menor su número al de los 2.000 peones y 300 honderos mallorquines que despues llevó Himilcon en su ejercito contra Agrigente. Cuando la espantosa venganza, que Dionisio de Siracusa ordenó y procuró en toda la Sicilia contra los cartagineses, hizo á la república organizar aquella expedicion que Diodoro hace subir á 300.000 infantes y 40.000 caballos en 400 naves longas y 600 trasportes (2), fueron 10.000 los españoles embarcados segun Mariana (3), que afirma murieron de ellos 2.000 en las primeras victorias que alcanzó Himilcon. Por consiguiente, bien serian de 5 á 6.000 los que se hallaron entre aquellas tropas extranjeras que tan villanamente dejó abandonadas en Sicilia el general cartaginés cuando cohechando á Dionisio con 300 talentos, logró que le dejase escapar con sólo los soldados cartagineses.

(1) Libro i, cap. xx.

(2) Diod. Sic. Biblioth. Lib. xiv, 14.

(3) Lib. ii, cap. ii.

Y dice Diodoro (1) que de aquellas numerosas tropas, unas se dispersaron, otras murieron á manos de los sicilianos, otras se entregaron á discrecion, pero que los españoles sin soltar sus armas formaron un cuerpo y enviaron mensajeros á Dionisio, ofreciendo entrar á su servicio; y que el tirano, admirando su valor, los admitió gustoso y los agregó á sus tropas.

Este hecho fué para los celtíberos en España de una trascendencia inmensa. En las regiones centrales de la península, no se conocia el mundo exterior ó extranjero más que por las noticias y narrativas de los guerreros que licenciados á la vuelta de las expediciones de Cartago se restituian á la península y á su país natal; porque ni aun de las costumbres de sus compatriotas de los pueblos marítimos se cuidaban quizá ni instruian. Ni tampoco aquellos mismos estipendiarrios, poco ó nada conocedores de la lengua griega que predominaba en Sicilia, y siempre pegados á su bandera durante las expediciones guerreras, formaban desde las naves y el campamento más idea de los países, de los hombres y de las cosas en el resto del mundo que la que les pintaran y fantaseaban los astutos púnicos sus conductores. Mas aquellos cinco ó seis mil españoles que se ajustaron con Dionisio, acostumbrándose pronto á la vida siciliana, desilusionados de Cartago y de cuanto la atañía, se ilustraron grandemente respecto á todo lo político y social de los varios imperios ó nacionalidades de su tiempo. Dos mil de ellos fueron enviados, como socorro, por el mismo Dionisio á Lacedemonia, y allí y en Mantinca se batieron con los tebanos y contra Epaminondas. Otros se diseminaron por la Italia y el Lacio, y otros por la Galia; y conocieron á Roma, y aprendieron de la Grecia y del Asia, y llevaron sucesivamente á su vuelta á España, adonde de pocos en pocos, fueron finalmente á parar la mayor parte, una de relatos, de historias, de maravillas y de ilustracion, que sobrecitaron de una manera, para en

(1) Lib. xrv.

nuestros tiempos inconcebible, aquellas imaginaciones potentes y reflexivas, aquellas inteligencias vigorosas. «Tres cosas, dice Mariana (1), se supieron en España memorables, es á saber: que los romanos alcanzaban gran poder, y *con grande lealtad* sustentaban y ayudaban á sus amigos: que los siracusanos despues de haber vuelto con su libertad, y despues de la muerte de Timoleon, capitán muy famoso, trataban de echar de la isla á los cartagineses. Demás de esto, que Alejandro, rey de Macedonia, el que por sus grandes hazañas tuvo nombre de Magno, y al principio de su reinado, ántes de tener veinte años cumplidos venciera á los esclavones, los triballos y los de Tracia, y sujetara las ciudades de Grecia que poco ántes eran libres; domadas despues la Asia, la Suria y todo el Egipto, por conclusion vencido y hecho huir, y despues muerto el gran monarca Darío, se habia apoderado del imperio de los persas sin parar hasta abrir con el hierro y con las armas camino, y á la manera de un rayo llegar hasta la India, donde tenia domadas gentes y reinos nunca oidos: todo en ménos tiempo que otro lo pudiera pasar de camino.» Asimismo, como de tropel lo escribe Mariana, así lo comprendieron los celtíberos en España, y desde entónces supieron los españoles ponerse en comunicacion por medio de las ciudades de origen griego, con los sicilianos y con los romanos mismos, con la Italia y con la Galia, con la antigua y la gran Grecia. Y todo el prestigio cartaginés decayó entre ellos, y los celtíberos empezaron á comprender que lo mismo Roma que Cartago habian de ser para ellos temibles enemigos, y que una gran dicha sería para la patria que el uno y el otro pueblo se vieren pronto atajados en el camino de su crecimiento. Así se realizó aquel pensamiento, casi universal, de enviar embajadores á Alejandro, y que hizo se maravillasen de verse reunidos y esperando en Babilonia los de España y los de Italia con los de Sicilia y la Cerdeña, los de África y los de los celtas, y los iberos de España. Y cuen-

(1) Lib. II, cap. V.

tan (1) que la audiencia de estos últimos fué la que más regocijó al gran Alejandro, al ver que unos pueblos que á la par habitaban en las dos extremidades del mundo, se hallaban en el Oriente subyugados y venian del Occidente á solicitar su alianza y su proteccion, así como al oir el buen sentido con que los de España le pedian su amistad y su auxilio, no contra estos ó los otros, sino contra todos indistintamente.

Sin embargo y á pesar de todo, los cartagineses con su oro corruptor volvieron á su sistema de reclutamientos en España, y los celtiberos con su denuedo volvieron á quererse estipendiar, á pesar de que miraban ya como injusta aquella guerra incesante contra Sicilia. Pero Cartago tomaba ya á pecho la pronta adquisicion de la tan codiciada isla, y los españoles de las montañas y cordilleras del interior dejábanse llevar, ya no de otra mira que la de recorrer nuevos países y adquirir ilustracion, y cual si dijéramos ciencia experimental. Cartago organizó un grande ejército, y allá entraron 20.000 infantes, 1.000 caballos y 300 honderos (2), todos españoles, que estuvieron diez ó doce años guerreando á las órdenes de Magon. No sabemos si todas ó la mayor parte de estas tropas continuaron su empeño en la nueva y poderosa expedicion que como para vindicarse de la injustificable retirada de Magon hizo Cartago marchar á Sicilia, y fué atacada y vencida por Timoleon, pero sí que fueron en gran número en el ejército de Amilcar contra Agatocles, pues sólo los honderos baleares eran 1.000 (3); y por lo tanto, si el número de peones y caballos guardaban la proporcion que en los ejércitos anteriores, debió ser muy considerable y quizá no menor que el de 50.000. Otro segundo ejército armó como auxiliar inmediatamente Cartago, y en él sobre 700 honderos sólo figuraron 5.000 infantes y 150 caballos, y esa desproporcion se explica con observar que fué mucho mayor que ese el reclutamiento ó enganche, sino que los cartagineses

(1) Mariana, *ibidem*.

(2) Mariana.

(3) Diod. Sic. Lib. xix.

prefirieron relevar todas sus guarniciones en África, donde no hacían falta honderos, poniendo á los celtíberos en ellas. La astuta cuanto sagaz Cartago fiaba más de la lealtad hispánica que de la ferocidad mauritana. Y españoles llevaron los cartagineses contra Pirro, y españoles á Córcega (1), y á todas partes; porque si el comercio marítimo con España y el laboreo de sus minas enriquecían á Cartago, las tropas españolas eran el nervio principal de sus ejércitos en campaña. Cartago lo sabía bien, y creía haber llegado á conocer á los españoles, figurándose los no como realmente eran, sino como quería que fuesen. Tocaba con la mano la diferencia esencial entre este pueblo y el cartaginés, y se felicitaba por ella, y hacia mal en felicitarse así. La gloria de que Cartago hacía tan poquísimo caso, podría en todo tiempo contentar á los celto-iberos, y el cedérsela ninguna dificultad opondrá á la pasión del lucro, la favorita siempre para Cartago. La bravura española era un gran instrumento en sus manos; al mismo tiempo que utilizándola en sus expediciones se debilitaba á las razas peninsulares; pensaba ella, diezmándoles sus hombres más robustos, privándola de su virilidad y enflaqueciéndola para lo futuro...

Pero, ¡ah!... ¡Cartago se equivocaba tanto... y en tantas cosas!... y sobre todo, cegada con la ganancia al ojo, ponía tanta lentitud en la realización de sus miras trascendentales, satisfecha siempre de presente, en ir ganando en sus intereses meramente materiales... que los acontecimientos se le vinieron encima y la arrollaron como un torrente devastador.

ROMAN J. BRUSOLA.

(1) Mariana.

APUNTES PARA LA HISTORIA DE CARTAGENA (1).

(Núm. 24. — 20 de Agosto de 1873.)

BANDO.

Noticioso de la llegada de numerosos espías del campo enemigo al recinto de esta plaza, prevengo:

Que todos cuantos confidentes ó auxiliares de las fuerzas centralistas sean detenidos, sufrirán sin apelacion un breve consejo de guerra con todo el rigor de la ordenanza militar.

Cartagena 17 de Agosto de 1873.—Juan Contreras.

(Núm. 25. — 22 de Agosto de 1873.)

La comision Revolucionaria de Justicia.

Atendidas las denuncias presentadas contra Antonio Campoy por trabajos de seduccion de las fuerzas federales para desertarlas del servicio del Canton Murciano.

Examinadas las pruebas presentadas y vistos todos los datos referentes al asunto.

Oidas las declaraciones oportunas y comprobada la existencia de una conspiracion en el sentido indicado, en la que si no ha tomado parte activa el referido Campoy aparece como sabedor de ella, sin querer ayudar al esclarecimiento de los hechos.

Fallamos haber lugar á proceder contra Antonio Campoy, y habiendo solicitado su libertad mediante fianza, fijamos ésta en 10.000 reales, que le serán devueltos tan pronto como averiguados los delinquentes aparezca la inocencia del procesado.

En su consecuencia será puesto en libertad el referido, á la presentacion del documento en que justifique haber ingre-

(1) Véanse los números anteriores.

sado los 10.000 reales en la caja de la Junta de Salvacion pública.

Cartagena 20 de Agosto de 1873. — El presidente, Estéban Nicolás Eduarte. — Alberto Araus, vice-presidente. — Wenceslao García Almansa, vice-presidente. — Wenceslao Clevilles, vocal. — José Rufino Ortega, vocal. — Francisco Valverde, vocal.

BANDO.

Juan Contreras y Roman, general en jefe de los ejércitos federales:

Hago saber:

Artículo 1.º En vista de hallarse sitiada y aparentemente bloqueada esta plaza, todos los delitos de incendio, robo, asesinato, allanamiento de morada, espionajes, sediciones, infidencias y deserciones se someterán al consejo de guerra permanente que con esta fecha dejo nombrado.

Art. 2.º Todos los delitos mencionados en el anterior artículo serán penados con todo el rigor de las leyes militares, pasando las causas que estén pendientes por estos delitos al consejo de guerra permanente.

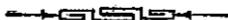
Art. 3.º Se considerarán como espías los desertores del presidio, y como tales sufrirán el castigo.

Art. 4.º Teniendo en cuenta el estado en que se encuentra esta plaza, todos los artículos de comer, beber y arder, del mismo modo que los de guerra, no adeudarán derecho á su entrada en el puerto de Cartagena.

Los dependientes de mi autoridad quedan encargados de hacer cumplir el presente bando bajo su más estrecha responsabilidad.

Salud y federacion.

Cartagena 20 de Agosto de 1873.—El general en jefe, Juan Contreras.



CRÓNICA Y VARIEDADES.

El Refranero general español, por D. José María Sbarbi, tomo III. — Nuevamente tomamos gustosos la pluma para encomiar, de la mejor manera que nos es posible y atendidas las leyes de la justicia, la interesante producción que motiva estas cortas líneas.

Contábamos con recopiladores de nuestros Romances, de nuestras Canciones y de nuestro Teatro; pero no teníamos quien hubiera intentado ocuparse en beneficiar la rica mina de aquellas obras nuestras, en que figuran en primer término los Refrances, — las cuales, unidas á las tres clases anteriores, constituyen la joya más preciada de nuestra literatura, — hasta que se le ocurrió al tan ventajosamente conocido escritor español, D. José María Sbarbi, colaborador nuestro, tomar á su cargo tarea tan honorífica cuanto delicada.

En esta curiosa colección, — cuyo mérito literario sube de punto en una época en que no privan las obras compuestas de muchos volúmenes, y cuyo valor material va adquiriendo de día en día, apenas nacida, mayores proporciones, dado que tan sólo se tiran 400 ejemplares de cada tomo, — están viendo sucesivamente la luz pública trabajos importantísimos para el estudio de este ramo de nuestra literatura, precedidos de atinadas disertaciones, magistralmente escritas por el Sr. Sbarbi, en las que demuestra éste una vez más el dominio que ejerce sobre la lengua castellana. Dígalo, sinó, el erudito prólogo que precede al tomo III de esta colección, recién salido á luz, el cual reproduce la *Medicina española contenida en Proverbios vulgares de nuestra lengua*, por el Dr. Juan Sorapan de Rieros; obra que, según se colige de su deleitosa é instructiva lectura, interesa de un modo especial á los médicos, á los historiadores y á los refranistas.

Felicitemos de nuevo al autor de tan grandiosa idea, y esperamos que algún día le sabrá agradecer la república literaria los desvelos y privaciones que experimenta en obsequio suyo.

Revista Universal y del Mundo Católico. — Han salido á luz los primeros números de la interesante publicación que con este título apareció por vez primera en esta corte el 25 de Mayo último. Felicitemos al distinguido escritor que la dirige, y del cual han tenido ocasión de leer artículos muy notables los lectores de *La Defensa de la Sociedad*, y felicitamos también al nuevo colega fraternalmente, muy gustosos de que se multipliquen en la prensa española los ecos autorizados de los

sólidos y eternos principios y de las doctrinas sanas y fecundas que nos hemos propuesto defender y propagar.

La Familia, nueva Revista.—Con el título *La Familia* se publica desde el 11 de Abril una Revista en Madrid, cuyos lemas son instrucción, moralidad, recreo: su objeto es contribuir á fomentar los buenos sentimientos y la rectitud de costumbres, contribuyendo á la vez al inocente solaz y esparcimiento en el seno del hogar de las familias, segun su nombre lo indica. Recomendamos, por tanto, á nuestros lectores esta útil y amena publicacion, y le deseamos próspera vida. Su redaccion y administracion se hallan establecidas en esta corte, Valverde, 8, principal.

Historia Universal, por Rubió y Ors.— Se ha publicado ya el tomo III y último de la excelente obra que con el título de *Epttome-Programa de Historia Universal* ha escrito con notable acierto y claridad el Sr. D. Joaquín Rubió y Ors, catedrático de la Universidad de Barcelona, tratados y juzgados concienzudamente los hechos de la historia humana, y compilados y expuestos con feliz método y suma claridad; es la obra de que nos ocupamos útil y apreciable sobremanera para todas las clases de la sociedad, y en tal concepto la recomendamos con especialidad á nuestros lectores.

LA HOJA POPULAR.— Con este número de la REVISTA se publica el 33.º de *La Hoja popular* (que repartimos gratis), de la cual recibirán dos ejemplares cada uno de nuestros suscritores. Rogamos á todos que propaguen su lectura por cuantos medios juzguen oportunos entre todas las clases, y en especial las trabajadoras, de la sociedad.

Los propietarios que tengan numerosos dependientes, los dueños y directores de fábricas y talleres, y los de explotaciones mineras ó agrícolas, los profesores de enseñanza, los párrocos, las autoridades locales, los padres de familia, pueden hacer el pedido que gusten de estas *Hojas populares*, las cuales les serán remitidas, gratis tambien, para que contribuyan á los nobles y benéficos fines de su publicacion.

Los asociados, los suscritores, y el público en general, verán así confirmados con hechos expresivos los importantes ofrecimientos de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.
